

BUDA ROJO



RALPH BARBY



SS SERVICIO SECRETO




SANDRA
ALAN JANSEN

RALPH BARBY

BUDA ROJO

SERVICIO SECRETO n.º [illegible]
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 2.118 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo 1967

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Percy Mac Donald eructó con fuerza y luego profirió una estentórea carcajada.

—¡Ah, chicas, qué bien se está entre vosotras!

Las dos chinitas, casi idénticas en su rostro, cabello e incluso la delicada anatomía de redondeces suaves pero expresivas, rieron a un mismo tiempo.

El conjunto musical, mezcla de chinos y europeos, lanzaba al aire una música ensordecedora. «Quizá toquen hot-*jazz*», se había dicho el irlandés al entrar en el «Buda Rojo», «*night club*» situado en el centro de la Chinatown, de Nueva York.

—¿No bebes más, Percy? —preguntó riendo una de las muchachas que, al igual que su compañera, mostraba el muslo por la falda abierta en su costado.

El irlandés movió la cabeza de un lado a otro como si ya fuera incapaz de sostenerla y tomó la botella de aquel *whisky* que sabía a todo menos a *whisky*.

Se llevo el gollete a la boca y vació su contenido chasqueando después la lengua con fiereza.

—¡Percy! —rió una de las chinitas—. Tienes un barril por estómago.

—¡Sí, un barril en el que cabéis las dos juntas! —exclamó Mac Donald abrazándolas a un tiempo y dejándolas sin respiración.

En aquel momento, un blanco con lentes de gran montura y aspecto de estudiante ingenuo que desea fisgar en cabaretuchos de mala muerte, pero sin meterse en líos, penetró en el «Buda Rojo».

Mientras Mac Donald seguía bromeando con las chinitas y haciendo ir su cabeza de un lado a otro, según sus compañeras por efectos de la bebida, el recién llegado se detuvo ante la barra y

pidió:

—Un vaso de leche, por favor.

El barman chino se lo quedó mirando sorprendido. No sabía si indignarse o echarse a reír. ¿Un vaso de leche en el «Buda Rojo»? Era como para quedar estupefacto.

—Sí, un vaso de leche —insistió el estudiante.

—Está bien, muchacho, no te enojes. Miraré a ver si queda algún bote de condensada, porque aquí lo más flojo que acostumbramos a servir es puro «matarratas».

Al sujeto de las gafas no parecieron importarle lo más mínimo las ironías y sonrisitas del chino.

Se sentó en el alto taburete estilo occidental y permaneció embobado contemplando la orquestina que daba vueltas sobre un entarimado giratorio. Dos bellas amarillas, que en vano trataban de que él se fijara en sus sedosos muslos, le dedicaron lánguidas miradas a las que hizo caso omiso.

—¡Por Baco! —gritó el borracho irlandés mirando la botella al trasluz—. ¡Ya no queda ni una mísera gota de este endemoniado brebaje que sirven en este pestilente cafetucho!

Nadie pareció molestarse por sus maldiciones; Percy era demasiado corpulento.

—Llama al camarero y que te sirvan otra —propuso la chinita que tenía a su derecha y que parecía la más vieja de las dos, aunque estaba muy bien conservada.

—¡No, no y no! —Denegó terco en su embriaguez—. Iré yo mismo a por otra, a lo mejor se creen que estoy borracho y me dan «matarratas» aguachinado. Vuestro paisano es un bribón pero a mí, a Percy Mac Donald, no me engañan.

Sin soltar la botella vacía, se levantó del cómodo sofá lleno de almohadones donde siguieron a la espera las dos féminas.

Haciendo ostensibles eses y apoyándose a cada momento en sillas y clientes, los cuales aguantaron por no enfrentarse al fornido pelirrojo, llegó a la barra.

—¡Eh, Tan Shu, dame otra botella de tu veneno y que no lleve agua, porque de lo contrario pongo tu «melón» dentro de una coctelera como si fuera un huevo!

—Oh, no, míster Percy —repuso rápidamente el asiático tras haber servido la leche anteriormente solicitada—. A los clientes tan

honorables como usted siempre les servimos lo mejor que tiene en sus bodegas el «Buda Rojo».

—Pues que se vea y pronto, tengo la boca reseca.

El joven de las gafas miró al corpulento pelirrojo de pies a cabeza con mezcla de desprecio y curiosidad Aquello hizo que Percy reparara en él y en el vaso de leche.

—¡Por todos los demonios, si aquí hay un «*baby*» que ha pedido su biberón! —prorrumpió a voz en grito, dando un puñetazo sobre el mostrador que casi volcó el vaso de leche.

El ingenuo estudiante, incomodado, pues varias risas femeninas corearon las palabras de Percy, se tomó la leche rápidamente y tras arrojar medio dólar sobre el mostrador se dispuso abandonar el local. El pelirrojo lo retuvo por el brazo.

—Pero ¿adonde vas tan de prisa?

—¡Suélteme, no quiero camorra! —advirtió con el ceño fruncido tras las gafas de montura oscura.

—Ni yo tampoco, «*baby*» —replicó el irlandés sin cesar en sus movimientos ondulatorios. Parecía que iba a caerse de un momento a otro—. Para que veas que yo no pego a los nenes como tú, toma un cigarrillo.

—Gracias, no fumo.

Percy, que ya había sacado el paquete de tabaco, tomó uno de los pitillos y tras decir:

—¡A mí nadie me desprecia un cigarrillo! —Se lo puso entre los dientes, colocándole en una situación cómico-grotesca—. Ahora, ¡fuego!

Tuvo que apretar varias veces el mechero que por lo visto no quería dar lumbre. Al fin, el estudiante, en contra de su voluntad, comenzó a echar humo por entre los labios.

Rápido, dio media vuelta y se alejó hacia la puerta maldiciendo por lo bajo.

—¡Eh «*baby*», que esta noche no te hagas «pipi» en la cama! —gritó Percy al tiempo que asía con fuerza la nueva botella que Tan Shu acababa de entregarle.

Ya en el exterior, el sujeto de las gafas miró a un lado y a otro. No había nadie deambulando por aquella calle estrecha y enmarañada como todas las que componían Chinatown.

Decidido, se quitó de la boca el aparentemente odiado cigarrillo

y apagó su punta contra la pared.

Con infinito cuidado lo abrió en canal con la uña y tirando el tabaco al suelo sacó de su interior un papel, minúsculo que tuvo que leer a la luz de una cerilla:

«LLAMA AL VIEJO. SEGUIR PLAN. A1B.».

El ingenuo estudiante, que no era otro que el agente federal Willy Morris, recién salido de Quántico, arqueó las cejas preocupado. Aquélla era su primera misión, en la que actuaba como simple enlace.

Con paso rápido, sacando a las baldosas húmedas sonoros taconazos, buscó una cabina pública de teléfonos.

«Bueno, veremos qué dice el viejo de este mensaje. Quizá pueda entrar pronto en acción», pensó.

Bajo la débil claridad de una bombilla que sobresalía del muro, descubrió una caseta telefónica hecha al estilo chinesco. Abrió la puerta encristalada y penetró en su angosto espacio.

Buscó un níquel en su bolsillo y lo introdujo en el aparato. La señal de línea libre llegó a su oído. Inmediatamente, marcó los guarismos con el índice.

—Oficina Federal, ¿diga? —Llegó una voz, masculina e impersonal, a través del hilo.

Cuando se disponía a responder sonaron unos golpes insistentes en la puerta situada a su espalda. Giró el rostro y en sus labios apareció un rictus de espanto.

El rostro enigmático de un chino, vestido con sombrero y traje occidental, se hallaba pegado al vidrio. Unas pulgadas por encima de su vientre empuñaba una abultada automática provista de silenciador.

—Aquí Oficina Federal, ¿diga? —insistieron por él auricular.

—Soy el agente Willy Morris —es lo único que pudo decir.

La automática comenzó a escupir plomo candente.

Los disparos sonaron como secos taponazos que sólo habían de celebrar la fiesta trágica de la muerte.

El cristal de la cabina mostró un único agujero; el chino tenía buen pulso. En cambio, el cuerpo del federal, que se había deslizado por la pared, dejó que la sangre fluyera por cuatro orificios.

Poco después, el teléfono colgaba en el aire sobre la cabeza del cadáver.

El oriental dibujó una sonrisa de triunfo en sus labios casi inexistentes, pues su boca formaba una línea fina.

Apartándose de la caseta, marchó calle abajo en dirección al City Hall Park con paso corto pero muy rápido.

Aquel enigmático asesino de bajísima estatura, casi un pigmeo, y de uñas largas y afiladas, acababa de segar de cuajo y sin piedad la vida de un agente que, según el propio Mac Donald, estaba recién salido de la empolladora.

Mientras tanto en el «Buda Rojo», el irlandés terminó su animada charla con las chinitas de buen ver. Cogiendo a ambas con cada una de sus manos, las levantó del sofá apartándolas de su lado.

—Bueno, chicas, por esta noche os dejo. Me encuentro algo mareado.

—¿Ahora que lo estábamos pasando tan bien te vas? —protestó una.

—Sí, ya he dicho que me siento mareado. Por lo visto el «matarratas» de Tan Shu puede más que mis tripas.

—Bueno, Percy… —Se acercó mimosa a su rostro la más joven de las dos mientras apoyaba su rodilla desnuda sobre la pierna varonil—. Lo que tú quieras pero ¿quién va a pagarnos la planchadora? De estar tanto rato a tu lado se nos ha arrugado el vestido.

—¡Esto sí que es bueno! ¡Jamás me habían pedido dinero con un pretexto semejante! A ver si os compráis vestidos de fibra sintética para que no se os arruguen. De momento, para ir a la planchadora, tomad.

Hundió un billete de diez dólares en cada uno de los escotes femeninos y tambaleándose ostensiblemente se aproximó a la barra encarándose con el siempre sonriente Tan Shu.

—¿Desea tomar alguna cosa más, míster Percy?

—No, chino del diablo, sólo quiero saber cuánto vas a robarme.

Las palabras del corpulento pelirrojo no parecieron molestar al oriental en lo más mínimo. En aquellos últimos días, el irlandés había sido un buen cliente de la casa.

Mac Donald pagó sin rechistar y dio una buena propina al asiático quien le despidió con una breve pero pronunciada

inclinación de cabeza.

Ya en la calle, el irlandés comenzó a caminar sin rumbo fijo en apariencia. Cuando apenas le separaban cien yardas del «Buda Rojo», su embriaguez desapareció como por ensalmo. Percy sabía cómo parecer un beodo a la perfección.

A grandes zancadas se dirigió hacia Chatham Square. De pronto, en una de las calles oscuras que se vio obligado a cruzar:

—¡¡Socorro, auxilio!! —Era la voz angustiada de una mujer que gritaba en inglés.

—¡¡Socorro!! —volvió a demandar la fémina, medio sumergida en las tinieblas de la calleja pobremente iluminada.

Las pupilas del pelirrojo descubrieron a una mujer de vestido blanco y cabellos negrísimos arrinconada en el portal mohoso y sucio de una casa.

Frente a ella, dos chinos de baja estatura y europeizados en su indumentaria semejaban atacarla como lobos a una gacela.

—¡Por todos los diablos, sabandijas! ¡Os voy a descuartizar!

Los dos asiáticos, cuyos rostros parecieron a Percy idénticos, se lo quedaron mirando indecisos. Por lo visto dudaban entre enfrentarse al gigante o huir.

—¡Cuidado! —advirtió la muchacha.

Mac Donald agradeció el aviso. Uno de los chinos acababa de empuñar un estilete automático que relampagueó en el aire a la altura de su vientre.

—¡Navajitas a mí, ahora verás!

El acero estuvo a punto de hundirse en la boca de su estómago con un endiablado zigzag.

Asió el brazo armado de su atacante y como si fuera un martillo de lanzamiento lo elevó en el aire despidiéndolo contra la pared opuesta de la calleja. El cuerpo produjo un golpe sordo al chocar contra los ladrillos.

Antes de que lograra apresar a su otro enemigo, éste le alcanzó en plena oreja con un golpe de karate que le nubló la vista por unos instantes.

—¡Ésta me la pagarás! —rugió hecho una furia.

Aficionado de los pesos pesados, Percy proyectó su puño roqueño y destructivo como un ariete. Al final, notó algo blando al tiempo que un gruñido brotaba de labios del amarillo.

Vio rodar al oriental por el suelo como una peonza. Trató de alcanzarlo por segunda vez, más se sorprendió al ver lo rápidamente que éste se recuperaba y echaba a correr.

—¡Por todos los demonios, a ése no lo alcanza ni Zatopek!

Miró hacia el otro que había caído contra la pared, pero también acababa de levantarse y comenzaba a correr en dirección contraria.

—Gracias por haberme salvado…

El pelirrojo giró el rostro y vio a su lado a la bella fémina de estatura más bien elevada y curvas pronunciadas pero esbeltas.

—Vaya, he salvado a un ángel del hambre de dos sabandijas.

—Gracias. Si no llega a ser por su intervención, no sé cómo hubiera acabado este tropiezo.

—Olvídese de él. Esos dos no van a volver por aquí. Se lo jura un irlandés y los irlandeses somos tipos de palabra.

—No lo dudo —respondió ella acercándosele más y mirándolo fijamente.

Lo primero que vio el pelirrojo fueron unos labios gordezuelos y tentadores que brillaban a la luz escasa de la calleja como si fueran fosforescentes.

Después, descubrió unos ojos grandes y verdes, aunque ligeramente oblicuos. Ello le hizo preguntar:

—¿China?

—Mitad, y mitad. Mi padre fue un «*yankee*» de Chicago.

—¿Fue?

—Sí, no hace mucho lo enterraron en el Vietnam. Era un sargento de los «Boinas Verdes».

—Bravos luchadores esos paracaidistas de las «Boinas Verdes». Bueno, dejemos el pasado y vivamos en el presente. ¿Hacia dónde te dirigías?

—A mi apartamento. Está en Marcháis Street, junto a Chatham Square.

—Estupendo, yo también iba hacia allá. Seguro que por el camino vuelven a molestarte más.

—Yendo tú a mi lado no creo que nadie se atreva, aunque estas calles siempre son un misterio.

—Hablas más como una de las nuestras que como una china.

—Puede que tenga más de occidental que de oriental. —Y colgándose del brazo musculado, empezó a caminar.

Al llegar junto a Chatham Square la mujer se detuvo, sonriente.

—Ya hemos llegado.

El irlandés observó el edificio. Le pareció oscuro y carente de estética.

—Es una lástima. Se iba muy bien a tu lado.

—Y junto a un hombre como tú, una mujer camina mejor.

—Gracias. Es una pena que tengamos que separarnos.

—Tengo una deuda de gratitud contigo… ¿Cómo ha dicho que te llamas?

—Percy Mac Donald. ¿Y tú?

—Sandra Yang Ohara. Los occidentales me llaman Sandra y los orientales Yang.

—Bueno, Sandra, creo que conmigo no tienes ninguna deuda.

—Oh, sí, sí que la tengo —insistió cogiéndole del brazo—. Sube a mi apartamento y tomaremos una copa.

Percy escrutó rápidamente el cuerpo femenino que oscilaba sinuosamente y no se hizo rogar por dos veces. La siguió escaleras arriba.

Cuando el llavín franqueó la puerta del apartamento y la luz lo iluminó por completo, el hombre exclamó:

—Por Satanás, Sandra, sabes vivir.

La joven sonrió complacida y dijo:

—Sólo trato de tener algunas comodidades. Anda, siéntate en el sofá y ponte cómodo mientras te preparo una copa.

Percy puso su mano en la cintura femenina oprimiéndola suavemente al tiempo que se inclinaba para besarla en el cuello, más ella le rechazó con dulzura.

—¿Te molesto? —inquirió él.

—Todo llegará por su propio pie. Siéntate en el sofá, anda.

El irlandés, como niño que se dispone a sentarse a la mesa en espera de un gran pastel, se arrellanó en el mullido diván al estilo oriental, lleno de almohadones multicolores.

De pronto, a su espalda, surgió una voz inesperada.

—Buen trabajo, Yang. Este americano, igual que el otro, ya ha dejado de ser un problema para nosotros.

El pelirrojo quiso volver su rostro para ver al desagradable recién aparecido, pero el contacto frío de un cilindro en su nuca le contuvo. Era joven todavía para dejarse llenar la sesera de plomo.

—Desde luego, comandante Whyo. Los federales no son de piedra y muerden fácilmente un buen anzuelo —ironizó Sandra.

Con tranquilidad, casi indiferente, prendió fuego a un cigarrillo colocado en la punta de una larga boquilla de marfil labrado.

—Lástima que cuando mordemos el anzuelo la boca nos sabe a amargo.

—Suelta todas las ironías que gustes, Percy. Van a ser las últimas —advirtió la mestiza dispuesta a escuchar todo lo que el federal quisiera decirle.

Mientras, el comandante Whyo en Chang, pequeño, casi un pigmeo, de labios prietos y mirada intensa, encañonaba a su siguiente víctima.

—Buena celada me has tendido, preciosa, y yo que me he tragado lo de los dos asaltantes. Seguro que estaban de acuerdo contigo.

—No te equivocas, *yankee*. Nosotros sabemos trabajar y esperar la ocasión propicia.

—Dices bien, Yang. Yo he enviado al infierno al de las gafas en el momento justo en que comenzaba a telefonear.

—¿Ha matado a Willy? ¡Maldito! —Gruñó el irlandés colérico, más por el trágico fin del compañero que por lo crítico de su situación.

El comandante chino no pudo evitar que el irlandés ladeara la cabeza apartándose de la boca de fuego de su pistola con silenciador. No obstante, el arma despidió sus mortíferas balas que agujerearon un polícromo y costoso biombo chino.

—Estúpido, vas a hacer que te llene de plomo —sentenció más que dijo el asiático mientras Sandra contemplaba la escena fumando con perezosa indiferencia.

Para ella no era ningún espectáculo nuevo la muerte de un hombre.

Su mano poderosa se aferró a la muñeca armada y tiró de ella con violencia casi salvaje. De no seguir el chino al impulso, quizá el brazo le habría sido arrancado de cuajo. La diferencia física entre los dos hombres era brutal.

El comandante oriental voló sobre la cabeza del pelirrojo yéndose a estrellar contra el biombo que quedó destrozado. Luego, Percy se encaró jadeante con Sandra Yang Ohara.

—Bueno, preciosa, tú y yo tenemos que hablar ahora con más calma.

—Lo siento, es tarde para eso.

Su mano blanca se hundió rápida como una serpiente en una caja que reposaba sobre un pequeño mueble.

Salió empuñando una extraña pistola con la que encañonó al corpulento Mac Donald que, sin embargo, siguió avanzando hacia ella.

—No vas a cometer la tontería de tirar del gatillo de ese juguete, ¿verdad?

—¿Ah, no? —sonrió despreciativa. Continuaba en pie, mostrando su belleza venusina que se traslucía en el ceñido vestido.

La pistola produjo un extraño zumbido. Mac Donald abrió los ojos desmesuradamente, no esperaba que ella disparase.

Se llevó la mano al pecho, lugar donde había sido alcanzado, y sus dedos tropezaron con una cápsula de aluminio que le hizo exclamar:

—¿Qué me has inyectado, hija de perra?

Mientras rugía, el irlandés se había arrancado la cápsula que terminaba en un aguijón del cual aún salía un líquido fluido y de olor penetrante.

Su acción resultó vana. Dos cápsulas más le alcanzaron de lleno clavándose en su carne, la una en el brazo y la otra en el muslo, inyectándole su ponzoñosa carga.

Trató de avanzar hacia Sandra dispuesto a vengarse, pero sus antes poderosas piernas flaquearon. Su vista se nubló y la respiración se le tornó fatigosa, casi asfixiante. Después, se hundió en un abismo de negruras, cayendo a los pies de la fría mujer que aún empuñando la extraña pistola le contempló con sonrisa de triunfo. Una vez más, se había salido con la suya.

CAPÍTULO II

Eveline, una rubia con verdadero «*sex-appeal*», de opulentos senos atrevidamente ceñidos, miró al hombre por enésima vez y se colgó de su brazo dispuesta a no soltarlo pasara lo que pasara.

—Por Dios, Eveline, espera que lleguemos a Miami. Ahora tengo que llevar las maletas —protestó Alan K. Jansen.

Alan tenía en su físico todo lo que una mujer exigente podía desear. Alto, nervudo, y bien musculado, sostenía con su cuello bien entroncado una cabeza cubierta de brillante cabello negro peinado ligeramente hacia adelante al estilo francés.

Su rostro mostraba unas facciones joviales que en ciertos momentos sabían tomarse duras Los ojos fríos, gris claro, era lo que el parecer habían vuelto loca a la rubia que se marchaba con él a las doradas playas de Miami.

—Pinchón, ¿sabes cuándo llegaremos a Miami?

—No, no he leído la tabla de horarios —respondió preocupado al tener que habérselas con tantas maletas, todas ellas propiedad de la mujer, menos una pequeña que le pertenecía a él.

Mientras, los Boeings de vuelos internacionales y nacionales no cesaban de aterrizar y despegar en el Kennedy Airport neoyorkino, el aeropuerto de mayor tránsito mundial. En el cielo, varias aeronaves supersónicas volaban en círculo cerrado esperando su turno de aterrizaje.

—¡Atención, atención, señores pasajeros del vuelo 1106 con destino a Miami! ¡Pasen a la puerta número cinco desde donde se les trasladará en microbuses a la pista siete! ¡Atención, atención! —siguió repitiendo la voz por el amplificador. Luego, fue cambiando

los idiomas en el aviso. El aeropuerto Kennedy, a aquellas horas del mediodía, semejaba una auténtica Babel.

—Ya lo has oído, querida. Vayamos a la puerta cinco, allí nos recogerán.

—¿Y las maletas?

—¿Las maletas? Ya estoy harto de ellas y no encuentro a un maletero ni con lupa, todos están ocupados.

—Pues tendrás que llevarlas tú, pichón. La puerta cinco debe de estar cerca. Sí, mira, mira allí está —dijo poniéndose de puntillas y señalando con su índice por encima de la cabeza de un sujeto bajito que, inopinadamente, se había puesto a leer el periódico en medio de la gente con la misma tranquilidad que si estuviera en medio del desierto de Colorado.

—Sí, muy cerca —gruñó Alan con disgusto.

Alan K. Jansen, cargado de maletas y paquetes como un equilibrista o forzudo de circo, comenzó a maldecirse a sí mismo siguiendo a Eveline, que únicamente portaba un bolsito de mano.

En adelante preferiría habérselas con los sucesores de Capone que tener que transportar el equipaje de una mujer, aunque quizá valía la pena llegar al final del viaje para encontrar la feliz compensación…

La ondulante y pronunciada figura, ceñida por un vestido blanco muy ligero y corto, le confirmó aquel pensamiento.

Cuando acababan de llegar a la puerta cinco, el altavoz hizo una nueva llamada esta vez de tipo personal.

—¡Atención, atención! ¡Señor Alan K. Jansen, pasa por la conserjería en la sala de espera, le llaman al teléfono!

El hombre movió la cabeza un tanto preocupado y lo primero que hizo fue soltar las maletas que casi ocultaban su cuerpo.

—¿Qué te sucede, cariño? —preguntó la rubia haciéndole un mohín con sus labios llenos de «*rouge*».

—Perdona, querida, me llaman al teléfono de conserjería. Será sólo un momento.

Eveline agrandó sus ojos y casi chilló con su fina voz:

—No irás a dejarme aquí con todo esto, ¿eh?

—Sólo es un momento, me llaman al teléfono, comprende. Si viene el microbús, ve hacia el «Boeing», ya te daré alcance.

Cuando la rubia iba a soltar una imprecación, Alan ya se había

disuelto entre el gentío que les rodeaba y la muralla de maletas resultaba lo bastante sólida como para no exponerse a atravesarla.

Cuando ya Jansen llegaba a la conserjería, una aeromoza pelirroja, de muy buen ver según el ojo clínico del hombre, le tendió el auricular.

—¿Es usted el señor Alan K. Jansen?

—Sí —afirmó lacónico y preocupado, temiendo que le retuvieran demasiado tiempo al aparato—. Al habla Alan K. Jansen, ¿diga?

—Jansen, soy el inspector Cameron.

—¿Sucede algo, inspector? —Rápidamente, agregó—: Le recuerdo que hoy comienza mi permiso de quince días y que no pienso renunciar a él por nada del mundo.

—Sé que hoy empieza tu permiso y también que estás en el aeropuerto con una chica rubia que por sus redondeces llamaría la atención en la Quinta Avenida a una hora punta.

—Bueno, si sabe tanto, ¿por qué me llama?

—Ocurre algo grave. Han matado a Willy Morris, de cuatro balazos.

—¿Willy Morris? No recuerdo.

—Es lógico, el muchacho salió de la última hornada de Quántico, pero ya era todo un federal como nosotros. Ha sido una lástima que lo segaran antes de que pudiera dar frutos, pero el servicio no perdona y tú lo sabes muy bien.

Mientras escuchaba al viejo Cameron, Jansen miró preocupado a través de la cristalera. El microbús en el que viajaba Eveline salía ya hacia la pista siete y el vehículo resultaba inconfundible; las maletas de la rubia podían verse desde lejos sobre su techo.

—Bueno, inspector, lo lamento por el compañero pero ¿quién va a encargarse del caso?

—Dale un beso de despedida a la rubia. Ella ya encontrará quien la acompañe en Miami.

—¡No! —protestó Jansen vivamente—. ¡No puede hacerme esto!, siento la muerte de Willy Morris como el que más por ser un compañero del
F. B. I.
pero…

Su superior no le dejó terminar.

—Jansen, Morris servía de enlace a Percy Mac Donald, tu amigo el irlandés.

—¿Lo han matado también a él?

Cameron captó, a través del hilo, preocupación en la voz del agente Jansen.

—Sólo lo suponemos. Ha desaparecido y esperamos que de un momento a otro nos llamen de La Morgue para que identifiquemos su cadáver. El mundo del crimen no perdona cuando nos descubre y la muerte de Willy Morris hace patente que, en este caso, hemos sido descubiertos como si fuéramos principiantes.

—Pero ¿de qué caso estaba encargado Mac Donald? —inquirió ahora con viva curiosidad. El pelirrojo irlandés y él habían compartido muchas horas de peligro.

—Es un asunto muy confuso. Se trata de un contrabando, con China concretamente.

—¿Drogas?

—No lo sabemos. El caso fue abierto por un anónimo que al parecer había que tener en cuenta… —El viejo Cameron fue dándole pequeños detalles del caso, ahora denominado «la búsqueda de Mac Donald». Terminó diciendo—. El agente Gordon Cooper debe estar llegando ya al aeropuerto para recogerte, él te acabará de informar. Trabajará en colaboración contigo. Ya me tendréis comunicado de cuanto ocurra, buena suerte.

Cuando percibió el sonido del auricular al ser coleado, y sin haber tenido tiempo para despedirse del viejo Cameron, Jansen miró a través de la ventana.

Un «Boeing» de soberbia estampa, con un ruido endiablado, comenzaba a rodar a gran velocidad por la pista siete.

—Maldita sea mi suerte —dijo chasqueando los dedos con rabia.

—¿Malas noticias, señor Jansen?

Volvió la cara y al descubrir a la aeromoza pelirroja dijo en voz alta:

—No llores cuando se oculta el sol, porque las lágrimas no te dejarán ver las estrellas, dijo Tagore y digo yo: El sol no es más que una estrella y no de las más grandes, claro que ésta la tenía tan al alcance de mi mano que ya había comenzado a quemarme…

—Señor Jansen, ¿le sucede algo malo? No le entiendo nada —objetó la joven azafata de nariz respingona.

—Ni falta que hace.

La besó fugazmente sin que ella hiciera ademán de protesta y salió corriendo hacia la zona de aparcamiento. El bueno de Gordon Cooper debía estar al llegar.

Apenas había llegado al «*parking*» cuando un policeman a caballo de la Metropolitana neoyorkina tocaba su silbato estridentemente increpando a un automovilista entrado en carnes y de abultadas mejillas. En él, Alan reconoció rápidamente a Gordon Cooper.

—¡Eh, «Gordo»! —le llamó amistosamente, como tenía por costumbre.

—¡Alan, Alan, a ver si me sacas de éste lió! —respondió el obeso y bonachón federal sacando la cabeza por la ventanilla.

En unas cuantas zancadas, sorteando aquel maremágnum automovilístico y sin que el enfurecido guardián de la circulación dejara de hacer funcionar el silbato, Jansen llegó hasta el coche de su amigo y se introdujo en él sentándose frente al volante.

El «Mercury», un sedan gris perla, maniobró rápidamente en las manos expertas del federal que, sin dejar que lo encajonaran contra un bordillo dio una vuelta en tomo al policía a caballo que lo observaba en su evolución con auténtica ira por haber cogido una señal prohibida.

—Me parece que el del caballito me va a enviar un recado a casa —dijo Cooper preocupado.

—¿Sí, por qué? —preguntó Alan que tenía la vista fija en la cinta asfáltica que había de conducirlo al centro de la ciudad.

—Ha sacado el bloc de multas y está apuntando la matricula.

—Pásale la cuenta al viejo.

Cooper esbozó una mueca de desagrado.

—¿Al viejo? Seguro que me envía a paseo. Por cierto ¿no te dirigías a Miami con quince días de permiso? Los compañeros me han hablado de una conocida tuya que tira de espaldas.

—Sí, ¿eh? Por lo visto todo el mundo se entera de lo que yo hago o dejo de hacer. Saca la cabeza por la ventanilla.

Cooper obedeció preguntando después:

—¿Y ahora qué? Ten en cuenta que si pasa otro coche más rápido la pierdo.

—Mira al cielo. ¿No ves un reactor alejándose a toda velocidad

hacia Miami?

—Sí, se ve un pequeño punto gris. Creo que es el avión.

—En él viaja la rubia y mi permiso de quince días.

Gordon introdujo de nuevo la cabeza en el coche antes de que otro se la llevara por delante.

—Lo siento, compañero, otra vez será —bromeó con marcada ironía.

—La verdad es que he consentido en hacerme cargo de este caso por lo de la desaparición de Percy, el irlandés, y la muerte de ese muchacho, Willy Morris.

—¿Lo conocías?

—No, pero no deja de ser un federal y la muerte de un compañero es algo más que un simple asesinato. Los que lo hayan liquidado estoy seguro de que lo saben.

—Espero que podamos encontrar a los culpables y descubrir el paradero del pelirrojo.

—Suelta lo que sepas del caso.

—Sólo sé lo que me ha contado el viejo antes de enviarme en tu busca y creo que es muy poco para comenzar.

—Mientras haya una pista será suficiente, siempre que no sea falsa.

—Pues en la Oficina Federal se recibió un anónimo escrito por un hombre según los grafólogos del departamento. En él se denunciaba un contrabando muy importante que partía del puerto de Nueva York hacia Asia, concretamente Hong Kong.

—¿Qué clase de contrabando?

—¡Cuidado! —advirtió Cooper espantando al ver maniobrar a su compañero a aquella velocidad suicida, pues el pedal del acelerador ya no daba más de sí.

—No te pongas histérico y continúa.

—Pues lo ignoramos, para eso enviaron a Mac Donald a investigar y creo que le pusieron al chico como enlace. El viejo pensó que lo del contrabando podía ser interesante, aunque no tanto que costara la vida de dos de sus hombres.

—No corras tanto. Percy aún no ha muerto, al menos oficialmente. Lo que me extraña de este asunto es cómo se le dio tanto crédito al anónimo. Normalmente, los que se reciben se echan a la papelera.

—Al analizar el papel, los técnicos se han dado cuenta de que es el que utilizaran los mandos fijos que hay en la
O. N. U.

—¿Agregados militares a los embajadores de la
O. N. U.?

—Exacto. Cada embajador oficial en la
O. N. U.
tiene sus asesores y agregados militares. El anónimo ha sido enviado por uno de los nuestros.

—Si eso resulta cierto, no va a ser difícil descubrir a quien lo envió, pero quizá todo esto no sean más que pistas falsas. Por de pronto, será bueno investigar a los apartamentos de Morris y Percy.

—El de Morris no hace falta sólo tenía una maleta en una pensión barata y ahora está en poder del viejo. Creo que en ella no hay nada interesante.

—Está bien, iremos directos a casa de Percy. Veremos si podemos sacar algo en claro, puede que haya dejado alguna nota.

El «Mercury» roncó con fuerza atravesando Queens toda velocidad. Cruzaron el East River por el Queensboro Bridge, introduciéndose en Manhattan. Enfilaron por la calle 59 doblando luego la First Avenue hasta llegar al número 364 de Allen Street, un edificio de apartamentos medianamente aceptables pero caros por el lugar tan céntrico en que se ubicaban.

Abandonaron el automóvil y penetraron en el «*hall*».

Al encararse con el ascensor, Gordon Cooper preguntó:

—¿Pedimos la llave maestra?

—No digas tonterías. Llevo un juego de ganzúas que abrirían las mismísimas puertas del infierno.

El ascensor los dejó en el cuarto piso, y no tardaron en quedar frente a la puerta 423.

Jansen contrastaba enormemente con su compañero de reducida estatura y bastante obeso. El joven jamás se había explicado como Cooper había podido salvar las durísimas pruebas físicas a que les sometían en su periodo de formación en Quántico.

A un leve movimiento de la mano, la puerta cedió con facilidad. Ambos fruncieron el entrecejo y fue Cooper quien dijo:

—Qué raro, está abierta.

Penetraron en el apartamiento advirtiendo que todo en él estaba

revuelto.

—Por lo visto ya nos habían ganado la delantera.

—Sí, no creo que quede ya nada por registrar. Es como si hubiera pasado un huracán per el apartamento.

—No hay que desistir tan pronto, puede que algo se les haya pasado por alto. Empieza por un lado, yo lo haré por el contrario, a ver si hay suerte.

—Mientras no encontremos un artefacto de relojería…

—Será un recuerdo muy desagradable —opinó Alan enfrentándose con el colchón destripado ya por los anteriores visitantes.

Gordon se introdujo en el cuarto de aseo y al dar un vistazo general advirtió que la bañera estaba a medio llenar con agua turbia por el jabón.

Con gesto mecánico, tiró de la cadenita que sujetaba el tapón observando en voz alta:

—Por lo visto Percy no era demasiado limpio, es decir, no es demasiado limpio y…

—¿Por qué lo dices?

—Se olvidó de vaciar la bañera.

—¿La bañera con agua? Qué raro, Percy siempre decía que no gustaba de las bañeras, que eso era para las damiselas y que él prefería una ducha fría.

Alan pasó al lavabo y ambos federales vieron descender el nivel del agua. En ésta comenzó a aflorar un objeto rojo.

—¿Qué será eso que hay ahí dentro, Alan?

—Pronto lo sabremos.

Cuando el agua hubo desaparecido, ambos quedaron perplejos. Gordon objetó:

—¿Qué hará este buda rojo dentro de la bañera?

—¿Querría Percy lavarlo?

—Más bien creo que pensaba ocultarlo. El escondrijo es bueno, han revuelto el apartamento y al parecer no han caído en esto. Es tan natural que dentro del agua sucia no se guarde nada —opinó Jansen.

Cooper se inclinó y tomó la estatua entre sus manos sacándola de su original escondite.

—Diablos, parece de plomo.

Alan arañó la base de la estatuilla con la uña e indicó:

—Parece, no; lo es. ¿Que habrá querido decirnos Percy con este buda escondido dentro de la bañera?

—No lo entiendo. Un recuerdo como éste me parece demasiado pesado para guardarlo.

—Puede que la figura tenga algún compartimiento secreto.

Ambos buscaron, pero nada hallaron que pudiera facilitarles la más mínima pista. Al fin, Alan indicó:

—Lleva este buda al laboratorio y a ver que nos pueden decir sobre él.

—¿Quieres saber su procedencia?

—Quiero saber todo lo que pueda sacarse, el resultado del laboratorio habrá de interesarnos. Ahora, ya podemos largarnos. No creo que haya nada más por descubrir.

Gordon, con el pesado buda entre las manos, señaló hacia la mesita de noche.

—Mira el despertador de Percy. Tiene un paquete detrás atado con un cable.

Por un instante. Alan se quedó quieto como si lo hubieran fosilizado. Rápidamente comprendió lo que significaba el descubrimiento que Gordon acababa de hacer.

—¡Salgamos en seguida de aquí!

—¿Por qué, qué pasa?

—¡Corre, ya te explicaré!

Salieron en tromba del apartamiento y corrieron por el pasillo. Antes de llegar al final del mismo, el fragor de una explosión los lanzó contra la pared.

La puerta del apartamento había sido arrancada de cuajo por la onda explosiva.

Gordon, lívido, masculló:

—Caramba con los «*souvenirs*» que se va dejando la gente…

—Huyamos de aquí, no hay tiempo para dar explicaciones.

Los dos federales, con el extraño buda rojo que en su inmovilidad semejaba observarles con una fría e irónica sonrisa, descendieron los escalones de tres en tres.

Alrededor del apartamento destruido comenzaban a acumularse los vecinos, atemorizados.

CAPÍTULO III

Alan K. Jansen, que había entrado resuelto en el popular edificio de la
O. N. U.,
se detuvo frente a los despachos de la embajada oficial de los Estados Unidos.

Fue directo hacia la puerta en que un rótulo rezaba: «SECRETARIO DEL EMBAJADOR», y ante sus ojos apareció una rubia pecosa sin grandes atractivos que le espetó de buenas a primeras.

—Lo siento, no puede pasar. Las horas de visita para el señor secretario son de diez a once de la mañana.

—Lo sé, pero me he citado anteriormente con él y me ha dicho que me personara aquí cuando quisiera.

La muchacha, de ojos pequeños y redondos, le miró con una sonrisa irónica al tiempo que objetaba:

—Debe ser usted un personaje importante para que el secretario del embajador le diga tal cosa.

—Anda, nena, déjame pasar; tengo prisa.

Alan hizo ademán de avanzar hacia la puerta pero ella, sin preocuparse demasiado y sin abandonar su sonrisa burlona, negó con la cabeza.

—No está, tiene asuntos importantes que atender en otra parte. Pero, si yo puedo solucionarle el problema…

El hombre dudó un instante. Al fin, sacó su carnet y lo mostró a la rubia que no se asombró lo más mínimo al leerlo.

—Soy Agente Federal.

—Sí, ya veo, y se llama Alan K. Jansen. Por cierto, ahora recuerdo. El señor secretario me ha ordenado que le atendiera yo personalmente en cuanto a usted le haga falta.

De pronto se abrió una puerta a la izquierda. En su umbral, una mujer.

Tenía largos y sedosos cabellos negros, ojos oblicuos y piernas bien torneadas tal como gustaban al agente.

El contraste con la rubia resultaba brutal.

—¿A ella sí la dejan pasar?

—No, ni muchísimo menos —denegó la rubia—. Sólo viene a informarse periódicamente de las cuestiones del desarme nuclear, es una articulista política de la revista «Chinaweek».

—¿Se interesaba por mi? ¿Puedo servirle en algo? —inquirió Sandra Y. Ohara.

—Una mujer como tú puede servirme de muchas maneras —asintió él con picardía.

La rubia esbozó un mohín de desagrado, en el fondo un ramalazo de celos, y objetó:

—Señor Jansen, le advierto que este lugar es muy serio y no se admiten bromas de mal gusto en horas de trabajo.

—¿Y a la salida de la oficina?

—Eso cambia —respondió esta vez la morena luciendo su sonrisa que, además de sensual, tenía un algo de frío y metálico.

—Estupendo, pues comencemos por lo que pueden ayudarme ambas aquí.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó la secretaria.

—Ante todo, que me tuteéis. Unas lindas chicas como vosotras no pueden convertirse en un engranaje más de esta gran máquina que es la
O. N. U.

—Aquí todos laboramos por la paz y no importa ser un simple engranaje —espetó muy digna la rubia, que no aceptaba de buen grado aquel piropo que sabía dirigido a la periodista.

—Sí, pero aquí dentro también se trabaja a veces por la guerra. Bueno, hemos quedado en que me tutearíais.

El hombre, ahora todo simpatía, se situó próximo a la morena mientras decía a la secretaria:

—Ahora, hablemos de cosas más serias. Me interesa conocer las fichas de todos los agregados y asesores militares de la embajada.

—¿Ocurre algo para que intervenga el
F. B. I.?

—inquirió suspicaz la rubia.

—Oye, todavía no me has dicho cómo te llamas y quién eres.

Muy tiesa, aclaró:

—Mi nombre es Gladys Hossy y soy la secretaria personal del secretario del señor embajador.

—De acuerdo, Gladys. Seguro que tú puedes informarme de todo y mejor que el propio embajador.

—Desde luego, pero aún no ha respondido a mi pregunta.

—¿Curiosidad femenina, acaso?

—¿Se me nota?

—Dicen que ése es el principal defecto de las mujeres y que hay que disculparlo, aunque yo también soy curioso. —Giró su rostro hacia la morena y preguntó—: ¿Y tú, cómo te llamas?

Con sonrisa provocativa, la interpelada respondió:

—Sandra Yang Ohara y si quieres puedes encontrarme en la Redacción del «Chinaweek» o en este edificio. Me gusta mucho la política.

—Oye, muñeca, ¿sabes que no te muestras nada esquiva?

—Jamás se puede serlo con un federal.

Reclamando la atención de ambos sobre sí, la secretaria inquirió:

—¿Ocurre algo malo con los militares?

—Ah, sí, sí… —carraspeó—. Pues lo siento, no lo s. A mí también me han enviado mis superiores. En esta caso sólo soy un simple peón de ajedrez —mintió Alan para eludir la curiosidad femenina.

Gladys esbozó un mohín de disgusto, pero tomó las llaves y abrió un archivo adosado a la pared.

De él extrajo varias fichas.

—Aquí están todos los militares que tienen algo que ver con la embajada. Primero, están los agregados y luego los asesores.

Alan ojeó las fichas rápidamente y después las puso juntas.

—Un general, un coronel y dos mayores.

En aquel instante penetró en el despacho un mayor de rostro anguloso y cabello cortado como si fuera un recluta.

—Ah, perdonen —dijo al verles a los tres.

—No, no interrumpe —se apresuró a indicar Alan—. Soy un reporter del «New York Times» y sólo deseaba que me dieran unos informes sobre los agregados y asesores militares que tiene nuestra

embajada en la
O. N. U.
—mintió para no darse a conocer y esperando que las chicas no le traicionaran.

—Pues no tendrá mucho trabajo, somos pocos y bien avenidos; un general, un coronel y tres mayores entre los que me incluyo yo. Eso mismo se lo puede decir *miss* Ohara, su colega. A cada momento pregunta cosas semejantes.

—¿Tres mayores? —inquirió Alan extrañado—. Me ha dicho que sólo habían dos —gruñó mirando a Gladys con el ceño fruncido.

—Yo no le he dicho que hubieran dos, sólo le he traído las fichas.

La rubia, rápidamente, fue hacia el archivo un tanto nerviosa y hurgó en él. No tardó en sacar una nueva cartulina.

—¿Ha encontrado mi ficha, Gladys? —preguntó el propio mayor.

—Sí, es que se había deslizado hacia el fondo del cajón —respondió ella que estaba actuando torpemente.

—Menos mal. Me hubiera disgustado que al escribir un artículo sobre los militares de la embajada no hubiera salido mi nombre en el periódico.

—No tema, mayor…

—Wyman, mayor John Wyman, asesor de la embajada en cuestiones nucleares.

—Pues no se preocupe, mayor Wyman, su nombre aparecerá en el rotativo más importante de la Unión. Por cierto, su cargo resulta muy interesante y tiene mucha fuerza para los lectores: asesor nuclear de la embajada norteamericana en la
O. N. U.

—Bah, no se burle. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Jansen.

—Pues me alegro de haberle visto, míster Jansen y si desea alguna cosa más de mí…

—Pues sí. Me agradaría sostener una charla con usted, ¿me entiende? Con cierta tranquilidad.

—Con mucho gusto. ¿Quiere que nos encontremos en algún lugar especial?

Alan Jansen, perspicaz y observador hasta la saciedad, reparó en

que el nerviosismo que delataban los movimientos de las manos del mayor no correspondía a su sonrisa forzada.

Aquel hombre tenía miedo, se dijo, miedo a algo que aún no había podido descubrir.

—En el «Club 24» sirven un *brandy* para paladares exigentes. No hay mucho bullicio y podremos hablar bien.

—¿El «Club 24»? ¿No es el que está en Rockefeller Center?

—El mismo —afirmó el federal.

—Pues allí nos veremos a las nueve y recuerde que como militar exijo puntualidad en el horario. Si se retrasa, se quedará sin reportaje que ofrecer a sus lectores. No es lo mismo ser hombre que mujer, a Sandra ya se los guardo de antemano.

—¿Puedo participar yo también en esa entrevista? —intervino la joven con graciosa sonrisa—. Me gustaría saber muchas más cosas de usted, mayor.

—Oh, no, Sandra. A usted ya le reservo los artículos con más tranquilidad. Bueno, míster Jansen, hasta después.

—Adiós, mayor, seré puntual —ratificó Alan estrechándole la mano al uso civil.

El militar abandonó el despacho y cuando hubo desaparecido, el joven comentó:

—Un tipo agradable el mayor, ¿verdad?

Gladys Hoosy se frotó las manos nerviosa y dijo:

—Lamento el descuido que he sufrido. Confío que el mayor Wyman…

—No te preocupes, es imposible que un militar tome represalias —apaciguó Alan. De soslayo observó que los dedos de Sandra Y. Ohara también se mostraban nerviosos, muy nerviosos.

Aquello podía interesarle… Se giró hacia ella y preguntó:

—¿Dónde cenamos esta noche?

—Lo siento, pero llevo un régimen dietético y no suelo cenar con hombres atractivos. Pueden estropear la línea.

Dando por terminada la entrevista, Gladys inclinó su cabeza sobre unos folios que tenía delante y que ni siquiera veía.

Alan se volvió por un instante hacia ella, casi con despreocupación, y dijo:

—Si necesito algo más de ti, volveré a pasar por aquí.

—Como guste, míster Jansen. Espero no descuidarme nada

dentro de un cajón la próxima vez —respondió a modo de despedida.

Ya en el pasillo y a solas, el federal continuó interpelando a la atractiva morena cuyos ojos oblicuos le observaban de hito en hito.

—¿Cuándo puedo verte?

—¿Para interesarte por mis artículos, tal vez?

—No. He de hacer una lista sobre todo lo que deseo saber de ti, única y exclusivamente.

—Yo suelo ir por el «Buda Rojo» a tomar una copa. Me encuentro bien en ese «*night club*».

—¿«El Buda Rojo»? —Brilló como una lucecita en la mente del federal.

—Sí, ¿ocurre algo? Soy mayor de edad y la ley me permite ir adonde me parezca.

—No, si ya sé que puedes ir al club o venir a mi apartamiento, que sería lo mejor. Lo que me ha dejado un poco extrañado ha sido una asociación de ideas.

—¿Qué ideas? —insistió interesada.

—Bah, no tiene importancia. A propósito, ¿el «Buda Rojo» no está por el Chinatown?

—Sí. La dirección exacta es 86 Conty Street.

—Bueno, cariño, por allí nos veremos si el mayor no me entretiene demasiado con sus anécdotas bélicas. Quizá haya sido un héroe de la guerra de Corea.

—¿Te vas a quedar sin cena? —inquirió ella burlona, chispeando sus pupilas.

—No, ni muchísimo menos. No sé qué me pasa, pero después de ver una chica bonita me entra un hambre canina. Bajaré al restaurante del edificio, creo que podré comprar unos «sandwiches».

—Pues, recuerda que estás en la

O. N. U.

El hombre, ingenuamente, preguntó:

—¿Por qué?

—Si pides demasiado las Sandwiches puede que te den las islas del mismo nombre o que las declaren repúblicas independientes.

El rió de buena gana y replicó:

—Descuida, los pediré en voz baja. ¿Me acompañas? Nos podemos repartir esa pequeña república puesta dentro de una

bandeja.

—Lo siento, ahora debo interesarme por los asuntos soviéticos.

—¡No me digas!

—Sí. Mis artículos se basan especialmente sobre los desarmes nucleares y debo estar bien con todo el mundo.

—De acuerdo, entonces hasta la noche. Por ahora, a mí los rusos no me interesan. Si fueran rusas…

Sonriente, Sandra se alejó por e[1] corredor y el federal abandonó la embajada ubicada en el edificio del Secretariado, tierra de nadie y de todos.

* * *

Cuando hubo terminado con dos pares de «sandwiches» de jamón, que según su parecer sacaban muy bien la lengua, abandonó la O. N. U. y fue en busca del «Mercury» gris perla propiedad de Gordon Cooper.

El automóvil no arrancó tal como deseaba. Maniobró en la llave de contacto y ésta no respondió a sus movimientos. Observó el contador de la gasolina y el depósito estaba medio lleno, también el de aceite.

—Serán las bujías o algún pistón encallado, el «Gordo» que lo tiene abandonado —gruñó abandonado el vehículo.

No tuvo que caminar ni cuatro pasos cuando un auto-taxi libre pasó a escasa velocidad por delante.

—¡Eh, taxi! —llamó con fuerza.

El automóvil de alquiler se detuvo suavemente y poco después se ponía en marcha de nuevo transportando al federal.

—¿Adonde, señor?

—Al Rockefeller Center.

El chófer, que aun no había mostrado su rostro, asintió con la cabeza y corrió el cristal de separación.

El «Chrysler» rodó por la calle 4 y luego enfiló la quinta Avenida.

—Eh, amigo, se equivoca de calle, por aquí va a llevarme al

Central Park —protestó el joven golpeando el cristal con los nudillos al ver que el coche pasaba de largo el Rockefeller Center.

El chófer hizo caso omiso de sus palabras y siguió conduciendo impasible.

—¡Eh, pare! ¿Es que no me oye?

El chófer se giró por primera vez, aunque tan sólo fue un movimiento fugaz.

Resultó ser un chino de ojos oblicuos que le escrutaron con fría indiferencia. Eran las pupilas del verdugo que sólo cumple una misión y no le preocupa otra cosa que hacer bien su trabajo, y así lo comprendió el federal.

—¡Esto es una encerrona! —Gruñó aumentando su mal humor.

Desenfundó su pequeña «Browning» y apuntó con ella hacia el conductor a través del cristal.

—Si no se detiene le agujearé la cabeza. Es el último aviso que le doy.

A Alan no agradó en absoluto aquella risa displicente que pudo ver a través del espejo retrovisor en el rostro del asiático.

—De acuerdo, tú lo has querido.

Cuando la gran urbe se sumergía en las tinieblas de la noche y comenzaba a encender el juego de luces más fabuloso del mundo, Alan Jansen apretó el gatillo de la automática por tres veces consecutivas.

Las detonaciones en aquel lugar tan cerrado coma era la parte trasera del taxi le ensordecieron. Las balas rebotaron contra el cristal y estuvieron a punta de clavarse en su propio cuerpo.

—No te moleste «*yankee*», el cristal es contra balas —siseó el amarillo a través de un pequeño «micro» que tenía delante y que iba unido al amplificador colocado en la parte posterior del asiento que ocupaba el federal.

—¡Maldito chino! —Gruñó ya inquieto.

Trató de forzar las puertas para arrojarse a la calzada por lo menos aunque ello hubiera significado también una muerte segura, ya que los coches que circulaban por el costado rodaban a velocidades medias superiores a las sesenta millas hora. Sin embargo, la portezuela no cedió a sus esfuerzos.

Dándose por vencido, Alan se arrellanó en el asiento y dijo:

—Supongo que me oyes y escuchas bien. Si salgo de ésta, voy a

aplastarte la cabeza como un huevo. Ahora, sólo por curiosidad, ¿adonde me llevas?

—Al Central Park —contestó el asiático por el «micro», demostrando así que podía oír a su víctima.

—¿Por qué?

—Porque vas a morir.

—No seas imbécil. Matar a un federal es como ponerse uno mismo la soga al cuello, porque tú sabes que soy un federal, ¿no?

—Desde luego. De lo contrario no tendría por qué llevarte al Central Park.

—¿Y eso sólo es motivo para mandarme al infierno? —preguntó sardónico.

No obtuvo ya respuesta, acababan de penetrar en el recinto del Central Park, un parque fabuloso enclavado en e] centro de una ciudad mucho más fabulosa aún.

El chino condujo el coche convertido en ratonera en dirección a la gran laguna «Reservoir», destinada para modelos de yates.

Se detuvo junto a la orilla y miró a un lado y a otro. No se veía a nadie y la luz era escasa. Quizá hubiera alguien, pero tendría otras cosas más importantes que hacer en aquellos momentos.

Alan vio cómo se apeaba del auto parsimoniosamente sin apagar el encendido del motor. Luego, bajó el cristal de la portezuela delantera y cerró ésta pasando el brazo por el hueco de la ventanilla.

—Maldición, ese chino va a convertir este cacharro en una pecera, aunque mejor sería decir un ataúd en remojo —masculló Jansen impotente.

El trucado «Chrysler» se puso de nuevo en marcha y enfiló hacia las aguas oscuras y tenebrosas del lago.

Ante aquel espectador de indiferente sonrisa, el automóvil con el federal encerrado se precipitó contra el agua.

Alan notó que el vehículo se balanceaba como si estuviera en una barca. Luego, comenzó a hundirse lentamente. La muerte era irremediable, dentro de su pecho tenía pulmones y no branquias como los peces.

La presión del líquido alzó la plancha que cubría el suelo de los asientos posteriores. Jansen se fijó en ello, pero nada podía hacer hasta que el vehículo se llenara de aquel agua helada y

desagradable.

El asiático vio desaparecer el coche bajo la superficie del lago. Sonrió satisfecho y se alejó entre la maleza. Su trabajo no había tenido dificultad, al menos así lo creía él.

Los pulmones de Alan semejaron querer reventar, pero el joven, buen «sportman», aguantó pese a que las sienes le golpeaban con fuerza y sus ojos enrojecían.

Hundió los dedos por el costado de la plancha a modo de garfios y apoyándose con los pies sobre el asiento tiró con fuerza hacia arriba.

Hubiera proferido un grito de alegría al ver el fruto de su esfuerzo de no haberle cerrado la boca el agua.

Antes de que el auto llegara al fondo, lo que habría hecho inútil todo su trabajo, pues habría quedado en cerrado de nuevo a causa del peso del automóvil, Alan se sumergió abandonando lo que para él había sido una ratonera.

Horadó la negrura de las aguas y al fin afloró la cabeza a la superficie respirando con verdadera ansia al tiempo que se decía:

—Por todos los demonios, el chinito ha estado a punto de salirse con la suya.

Buscó la orilla y comenzó a nadar hacia ella. Para su pesar, aquella situación no se parecía en nada a la que podía estar viviendo junto a la rubia Evelina en las playas de Miami.

CAPÍTULO IV

—¡Dios! —exclamó Gordon Cooper no pudiendo contener una carcajada al ver a Jansen penetrar en el apartamiento que compartían en el farragoso Rockefeller Center, donde casi todo eran oficinas o locales comerciales.

—No seas imbécil, «Gordo». ¿Es que nunca has visto a nadie mojado? —respondió Alan malhumorado.

Rápidamente, se quitó la ropa que se le había pegado al cuerpo.

—Mojado sí, pero empapado hasta las orejas como tú, francamente no. Pareces un pez sacado de una pecera.

—No andas desencaminado, lo malo es que por poco me quedo dentro de la pecera.

Alan pasó al lavabo dispuesto a ducharse y cambiarse de ropa. La noche no había terminado para él. Mientras Cooper, arrellanado en una mullida butaca y con el «Daily Telegraph» desplegado en las manos, continuó interrogando:

—¿Te ha ocurrido algo malo? ¿Dónde está mi «Mercury»?

—No hagas tantas preguntas, «Gordo», puedes atragantarte. En primer lugar te diré que tu lindo cochecito está escacharrado dentro del recinto de la
O. N. U.

—
¿O. N. U.?
¡Diablos! Si lo has estropeado no harás que pague yo también la reparación, ¿verdad?

—Pásale la cuenta al viejo —respondió Alan desde el interior del lavabo.

—¿Al viejo? —Gruñó—. Siempre al viejo y luego nunca firma nada para que cobre. Me parece que me tiene ojeriza.

—Deja de engordarte. ¿No te das cuenta de que tal como estás te ve el doble que a los demás y eso cansa mucho?

—Déjate de bromas. ¿Qué le ha sucedido al «Mercury»? No se habrá caído al East River, ¿verdad?

—No temas, tu coche lo han estropeado unos tipos muy simpáticos que luego me han encerrado en un taxi con la loable intención de colocarme veinte pies de agua encima.

—¿Ha sido el padre de alguna chica o se trata del caso de la desaparición de Percy?

—No me han dado ninguna explicación cuando me han enviado al fondo del lago, pero presumo que se trata del mismo asunto de Percy. Últimamente no he tratado a ninguna china.

—¿A qué viene lo de la china? ¿Es que te han dado en un ojo con ella?

—No seas idiota. —Salió del lavabo enjugándose la cara—. Lo que sucede es que el sujeto que me ha puesto en remojo era un chino y no tenía nada de cordial. Por cierto, ¿qué te han dicho del buda rojo?

Al tiempo que respondía, Cooper movió la cabeza en señal negativa.

—Nada. Dicen que a simple vista es una estatua normal y corriente fundida en plomo.

—¿Cuándo sabrán el resto?

—No lo sé. Dentro de tres o cuatro días, a lo sumo.

—Aprémiales por teléfono. Presumo que el barrigudo rojo tiene mucho que ver en todo esto. Ah, y que averigüen los del departamento de información el nombre del fabricante de esos budas. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—O. K., Alan. ¿Me necesitas esta noche? Veo que te dispones a vestirte para volver a salir.

—Sí, pero ya no tendré más complicaciones como las de esta tarde.

—¿Una cita?

—Dos.

—Siempre he dicho que eras un tipo de suerte con las mujeres —dijo con cierta nostalgia.

—Si no hubieras engordado tanto, quizá tú también la tendrías. En cuanto a las dos citas, no temas, no son dos chicas. Una la tengo

en el «Club 24» con el mayor Wyman, asesor de la embajada norteamericana en la
O. N. U.

—¿Un mayor asesor?

—Asesor de cuestiones atómicas. Barrunto que es nuestro hombre. Jugaría diez contra uno que él ha sido el del anónimo que recibió el viejo.

—Pues a ver si le tiras fuerte de la lengua. Puede que él sepa dónde está Percy y quién liquidó a Willy Morris.

—Es lo que pienso hacer, aunque será un poco difícil. Un militar y además con inmunidad diplomática es un huesecillo duro de roer, pero presumo que tiene ganas de hablar.

—Y la segunda cita ¿es otra militar?

—No, es una morena que va a hacerme olvidar a la rubia que se ha largado sin mí a Miami. Tengo que encontrarme con ella en el «Buda Rojo».

—¿En el «Buda Rojo»? ¿No te recuerda nada ese nombre?

—Desde luego, la estatua que encontramos en la bañera de Percy.

—¿Tiene algo que ver esa chica en todo este endemoniado asunto?

—Podría ser. Se llama Sandra y tiene algo de oriental. Es alta y viste como las nuestras, pero sus ojos son netamente asiáticos.

—Pues no me gustaría dormirme a su lado. Yo de ti andaría con pies de plomo.

—Si tienes envidia te advierto que la chica es estupenda y que no lograrás asustarme para que la deje digamos a otro, porque a ti te queda un poco alta.

—Ejem, ejem —carraspeó Cooper desplegando de nuevo su periódico. Al ver como su compañero se anudaba un lazo negro sobre una nívea camisa no pudo evitar volver a preguntar—: ¿De «*smoking*» esta noche?

—Sales poco por las noches, de lo contrario sabrías que al «Club 24» hay que ir de etiqueta o te quedas en la puerta de mirón. Es uno de los clubs más distinguidos de la city.

—Con franqueza, preferiría ir al «Buda Rojo».

—Pues te quedarás a dormir, esta noche es de paz. No obstante, aguarda al pie del teléfono. Si te necesito para algo llamaré

inmediatamente.

—Procura que suene fuerte, voy a ponerme algodones en los oídos.

Alan golpeó la espalda del compañero que descansaba sus carnes en el sillón y con sonrisa entre burlona e irónicamente compasiva se alejó hacia la puerta.

—Si el viejo Cameron pregunta por mí, estoy de servicio. Ya sabes, entrevistándome con el mayor Wyman.

—Descuida, no le contaré lo de la oriental.

Alan Jansen pasó por el garaje a recoger su «Chevrolet» negro que había pasado varios días en reparación.

No tuvo que rodar mucho por el centro del populoso Manhattan para aparcar al fin ante el «Club 24».

—Buenas noches, señor —saludó y abrió la portezuela un portero uniformado.

Apenas un par de minutos después, Jansen se unía a los clientes más o menos cotidianos del «Club 24», el club de los grandes.

Llevaba el «*smoking*» con soltura y se sonrió al captar varias miradas femeninas fijas en él. Los acompañantes de éstas resultaban ser, la mayoría de las veces, tipos adiposos que apestaban a licor y tabaco.

Alan, por el contrario, en su avance demostraba la agilidad que poseía en todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Sólo había una diferencia entre ellos: Las billeteras de aquellos sujetos estaban tan repletas de dinero como de carne y grasa sus huesos, mientras que la del federal se encontraba ligera, tan ligera que podía sostenerse en el aire por falta de peso.

—¡Señor Jansen!

Gracias a la llamada descubrió en el acto al mayor Wyman. Ataviado con chaquetilla corta de gala militar se hallaba sentado en una mesa ubicada en un rincón del gran salón, como si hubiera deseado esconderse.

Le hizo una señal de asentimiento con la mano y se dirigió hacia él tras encargar al camarero que le sirviera un «Napoleón» auténtico. Aquello sí que se lo cargaría al viejo Cameron en la lista de gastos y ya se lo imaginó refunfuñando.

—Hola, mayor. —Miró ostensiblemente el reloj de pulsera y sonriendo indicó—: Las nueve en punto, puntualidad militar.

—Sí, los federales también saben ser puntuales.

Sin demostrar demasiada extrañeza e inclinándose ligeramente hacia Wyman preguntó:

—¿Cómo sabe que soy del
F. B. I.?

—Vamos, vamos, que no soy ningún niño señor Jansen. Tenga la bondad de sentarse. Ya aposentado, prendió fuego a un cigarrillo con ceremonia casi sibarítica. Después, inquirió:

—¿Ha telefoneado a la Redacción del «New York Times» para ver si pertenecía a la nómina?

—Sí. No me hacía falta, pero deseaba asegurarme por completo.

—¿Qué le hizo sospechar que soy un federal?

—Varias cosas. Entre ellas, que por muy periodista que sea en la embajada no se da a nadie la filiación de cuantos operamos en ella, fijos o interinamente, y a usted le estaban mostrando las fichas.

—¿Esperaba que llegaríamos a la embajada?

—Sí —respondió secamente mientras aprisionaba la gran copa de color opal entre sus dedos.

—Luego, usted fue quien nos envió el anónimo.

—Exacto. Son ustedes muy sagaces y sabía que no tardarían en descubrir de dónde había salido el papel con que escribí el anónimo.

—Comprendo. En cierto modo, lo que ha querido es darnos una pista. Lo que no entiendo es por qué no ha venido directamente a decimos lo que fuera.

—Señor Jansen, si es que de verdad se llama así…

—Sí, Alan K. Jansen es mi nombre. Pero, siga, presumo que cuanto va a contarme me ha de interesar mucho.

Apenas acababa de expulsar bocanada de humo, el camarero le puso delante un servicio idéntico al del mayor Wyman. El militar sabía vivir bien, el coñac tenía «*bouquet*».

—Bueno, señor Jansen, es necesario que le diga que mi vida está corriendo un peligro mortal si intuyen de qué estamos hablando. Que estoy con un federal, ya deben saberlo.

—¿Por qué?

—Me vigilan las veinticuatro horas del día. Vivo en una auténtica pesadilla.

—¿Y ahora quiere liberarse?

—Sí.

—Pues prosiga, le escucho.

—Alan no se decidió a explicarle lo que le había sucedido al salir de la
O. N. U.
Aquello podía espantarle la caza. Sabía por experiencia que el terror abría muchas bocas, pero también las cerraba.

—Creo que somos muchos los que en el pasado tenemos una mancha que tratamos de ocultar.

—¿Algo sucio?

—Sí. Soy divorciado hace años. Tenía un hijo y por una de esas enfermedades raras se me puso grave. Mandé traer medicamentos alemanes e incluso acabé por enviarlo a Alemania. Todo eso vale mucho, muchísimo dinero que yo no ganaba.

—Comprendo.

—Cometí un desfalco. Alguien lo descubrió y tuve que firmar unos papeles comprometedores para que repusieran el dinero que yo había quitado a la administración de mi grupo de ejército.

—Mala cosa el ensuciarse las manos con dinero ajeno.

—Sí, lo lamenté desde el primer momento, pero no pude remediarlo. Era mi hijo y la amarga ironía de la vida tiene sus jugadas.

—¿Murió el pequeño?

—En Alemania está enterrado.

—Mala suerte, mayor, lo siento. Ahora, le ruego que se ciña al presente. Le advierto que es un caso de vida o muerte para uno de mis compañeros y otro ya ha sido asesinado en esta investigación. Ignoro la parte que tendrá usted en esto, pero le conviene aligerar su conciencia y pronto.

—No, señor Jansen, no se trata de dos vidas. Este asunto va mucho más lejos, hay millones de vidas en peligro y todo por mi culpa.

—¿Le hicieron presión?

—Sí, un chantaje descarado. Tuve miedo, dentro de todo soy humano.

—¿Le han amenazado con la muerte?

—Sí, pero no es eso. Si muero no será como un héroe, me han jurado que además enviarán las pruebas del desfalco a mis

superiores. Eso significa la muerte con deshonra y para un militar no hay nada peor. Me dejaría despedazar vivo lentamente a cambio de que después de mi muerte esos papeles no llegaran jamás a la superioridad.

—¿Y no teme que yo les informe de lo ocurrido?

—No, usted no lo hará. Confío plenamente.

—De acuerdo. Siga confiando, no voy a defraudarle.

Alan aplastó el cigarrillo en el cenicero de mesa y volvió a sacar su pitillera que ofreció al militar.

Éste seguía mirando a un lado y a otro nerviosamente como si buscara algo sospechoso. Tomó el pitillo y su mano trémula tuvo dificultades en prenderle fuego. Alan tuvo que ayudarle. El hombre llevaba el pánico en el cuerpo.

—Gracias —dijo quedo.

—Tranquilícese, no va a ocurrirle nada. Toda la máquina policial del Federal Bureau of Investigation está con usted.

Alan se dispuso a escuchar de nuevo con una tranquilidad que todavía puso más nervioso al mayor. En los momentos de peligro el federal tenía la sangre tan fría como un pez, sólo las curvas con faldas le cambiaban la temperatura.

—Señor Jansen, tenemos al enemigo metido en nuestra propia tierra.

—¿El enemigo? ¿Se refiere a los chinos?

—¿Cómo lo sabe?

—He tenido un encuentro digamos desafortunado con uno de esos chinos, pero no tiene importancia. Prosiga.

—Los chino-comunistas desean expandirse por todo el mundo. Ansían dominarlo y aplastarlo, y van a conseguirlo por causa de unos hombres tan estúpidamente imbéciles como yo.

—No se lamente, eso no va a servirle de nada.

—Mao Tse Tung es el nuevo Atila, Gengis Khan, Kaiser o Hitler. En todas las épocas ha habido un fanático como ellos, enfermizamente ansioso por apoderarse del mundo.

—Pero nadie lo ha conseguido hasta hoy.

—Tampoco nadie ha contado con un poder de seiscientos millones de seres humanos.

—Las armas nucleares han de mantenerlos a raya —replicó Alan.

—Ahí radica el problema. Ellos han hecho explotar tres, sólo les falta algo muy caro de conseguir.

En aquel preciso instante, pasó un botones con una pizarra en alto en la que había escrito el nombre del mayor.

—Perdone, Jansen, creo que me llaman.

El federal asintió con la cabeza al tiempo que el militar se ponía en pie y requería la proximidad del anunciador.

—Eh, muchacho, ¿quién me llama?

—¿Es usted el señor Wyman?

—Sí, yo mismo.

—Le llaman de la embajada, señor.

—Gracias. Toma, para ti —y dejó unas monedas en su mano.

—Señor, la cabina está al fondo.

El federal se dispuso a aguardar mientras el mayor se alejaba hacia la cabina telefónica.

John Wyman tomó el auricular aplicándolo a su oído al tiempo que cerraba la puerta de la cabina. En realidad no hacía falta. El «Club 24» era uno de los poquísimos en Nueva York al estilo inglés con el silencio por norma.

—Al habla el mayor Wyman. ¿Quién está al aparato?

Una voz masculina, que le resultó por completo desconocida, dijo:

—Mayor, ha sido un estúpido.

—¡Eh! ¿Con quién hablo?

—Mayor, va a morir por haberse ido de la lengua. La verdad es que ya no nos hacía falta —advirtió con gran desprecio su interlocutor, colgando el aparato.

—¡Eh, espere, espere! —demandó Wyman.

En aquel instante el continuo murmullo de voces bajas que reinaba en el «Club 24», el club de la elegancia y el mejor *brandy*, se rompió con una explosión tan imprevista como ensordecedora.

La cabina telefónica, con el desgraciado militar dentro, se convirtió en una voraz llamarada que llegó a lo alto del gran techo del salón principal.

Varios clientes, acomodados en mesas cercanas a la cabina, sufrieron heridas y toda la cristalería y vidrios de lámparas y ventanas se convirtieron en añicos, provocando un pánico general.

Rápidamente acudieron varios empleados del local y con los

extintores lograron que el fuego de la cabina no se propagara al resto del establecimiento.

Al escuchar el estruendo, Alan K. Jansen tuvo un presentimiento. Se abrió paso a codazos entre aquella gente, antes comedida hasta la ridiculez y que ahora, en su pánico, se habían convertido en verdaderas fieras histéricas trocando todo síntoma de civilización y amor al prójimo por un solo sentimiento: amor a la propia vida.

Cuando entre los gritos y luces medio apagadas consiguió llegar al lugar de la explosión, masculló lleno de rabia e impotencia:

—¡Malditos! Le habían preparado una carga de relojería. A esta pandilla de amarillos tiene que haberlos engendrado el mismísimo Satanás.

El mayor Wyman ya sólo era un cadáver negruzco y carbonizado, rodeado de llamas que aún no habían logrado apagar. La bomba que le habían asignado era incendiaria.

Asqueado, el federal abandonó el club atravesando el grupo de curiosos que se agolpaban en la puerta haciendo los comentarios más dispares y absurdos.

Ya en la calle, respiró el aire fresco de la noche, un aire cargado de olor a gasolina y
gas-oil,
el aire de la gran ciudad.

Sintió deseos de quitarse el «*smoking*», pero se contuvo. La noche aún era joven para él. En el «Buda Rojo» le esperaba una cita, quizá allí pudiera continuar el diálogo interrumpido con el mayor.

Buscó una cabina telefónica. Cuando estuvo dentro de ella, puso un níquel y con el índice marcó rápidamente los guarismos.

El timbre repiqueteó varias veces, más el federal no se impacientó. Al fin, obtuvo el fruto de la llamada.

—¿Diga? —preguntó una voz somnolienta.

—«Gordo», soy Alan.

—¡Diablos! Ya sabía yo que habrías de despertarme —refunfuñó Cooper al otro lado del hilo.

—Oye, ¿estás acostado?

—Sí y tapado hasta las orejas dentro de la cama.

—Pues ya estás vistiéndote, hay trabajo para ti.

—¿Trabajo a estas horas? Déjate de estupideces, Alan y llámame

mañana a las diez.

—Ni lo sueñes, me he propuesto que adelgaces y lo conseguiré.

Cooper lanzó un bufido inigualable por un búfalo irritado.

—Está bien ¿dónde tengo que ir?

—Al domicilio del mayor Wyman. Regístralo pulgada a pulgada, puede que encuentres algo interesante.

—¿Que registre la casa del mayor, de un asesor de embajada además de oficial militar? Ni lo sueñes, no quiero que me formen un expediente o que me llene la sesera de plomo en cuanto regrese.

—No temas, el mayor Wyman no regresará jamás; lo han matado delante de mis narices —dicho esto, colgó.

Gordon Cooper, pese a su obesidad y aparente desgana, sabría hacer el resto.

CAPÍTULO V

Alan K. Jansen, enfundado en su impecable «*smoking*», penetró en el bullicioso «Buda Rojo».

Destacó entre aquel público que pasaba de la piel más amarilla al blanco más lechoso como una palmera en el océano.

Pasó junto a la orquestina que interpretaba un «*blues*» sobre el entarimado giratorio y se introdujo en la zona de la sala sumida en una extraña luz rojiza.

Descubrió a Sandra sentada sola en una mesita ubicada en un ángulo oscuro. Se dirigió hacia ella sin vacilar.

La mestiza estaba hermosa y muy atractiva con el cabello suelto cayéndole por los hombros bronceados. Ceñía su cuerpo con un vestido negro que comenzaba en un escote generosísimo y terminaba cinco dedos por encima de la rodilla, aunque esto aun no lo había visto el federal por tener ella las piernas bajo la mesa.

—Hola, Sandra, ¿me esperabas?

—Sí. Un federal no falta jamás a una cita.

—Y menos con un monumento como tú —agregó él rápidamente.

—No digas bobadas y siéntate a mi lado; me aburría sola.

Jansen le tendió su pitillera de piel de serpiente y la muchacha tomó un cigarrillo colocándolo en la punta de su boquilla labrada en marfil.

—¿De verdad no has temido ni por un momento que dejara de venir?

—¿Por qué lo dudas?

—No, por nada. Desde que te he dejado en la

O. N. U.

he sufrido algunos tropiezos y pensé que tú podías estar enterada de

ellos.

—Oye, no suelo seguir a los hombres. Creo que la naturaleza me ha dotado de los suficientes atractivos para que ellos me sigan a mí —replicó tras expulsar una larga bocanada de humo.

—Ese punto nadie puede discutírtelo. Sin embargo, a veces nos seguimos unos a otros y no por el mero placer de vernos o forzar un encuentro.

—Entonces, ¿por qué?

La llegada de Tan Shu con su eterna sonrisa en la boca cortó la respuesta varonil.

—¿Qué va a tomar el honorable señor?

—Oye, chinito, déjate de tratamientos.

—Como el señor va de *smoking* —repuso amable.

Alan se inclinó hacia Sandra y preguntó sonriente:

—Tú que conoces mejor este antro, ¿qué puedo beber?

—Aquí se toma de todo y teniendo en cuenta que eres un federal no vas a pedir ciertas cosas que están prohibidas.

—Naturalmente, no voy a tomar ninguna droga. Los del F. B. I. sabemos que hay muchos lugares como ése en que se dopan a escondidas.

—Por todos los dioses, honorable señor, en «Buda Rojo» no se toman bebidas prohibidas por el gobierno americano que tan generosamente nos acoge —protestó Tan Shu.

—Cierra el pico chinito, que no voy a creerme ni una sola palabra de cuanto me digas. Pero, no temas, no he venido aquí para poner el «Buda Rojo» patas arriba.

—Oh, gracias por su confianza, señor. Ahora, si me permite que le recomiende la especialidad de la casa…

—¿Cómo se llama ese matarratas?

—«Buda Rojo». ¿Cómo iba a llamarse, señor?

Alan miró a Sandra interrogante y ésta asintió con la cabeza al tiempo que explicaba:

—Se trata de una bebida sacada del arroz, fermentada y mezclada con no se qué cuantas cosas más.

—Es un secreto de la casa, señor —añadió rápidamente Tan Shu.

—Bueno, pues tráeme un «Buda Rojo», aunque el nombrecito de marras ya me está haciendo cosquillas en la nariz.

Cuando el chino se hubo retirado, Sandra inquirió:

—¿Por qué recelas del nombre?

—Vamos, Sandra, tú y yo tenemos que hablar claro.

—¿Claro? Los hombres vais al grano demasiado de prisa. Yo no soy como esas otras chicas que podrás ver rondando dentro del «*night club*». Tengo un buen empleo de articulista en la revista «Chinaweek» y si estoy con un hombre es porque me agrada su compañía. No tengo prejuicios sociales y no me dejo gobernar por nadie.

—¿Y no piensas casarte nunca?

—Por ahora, el suicidio no entra en mis cálculos —respondió con desenfado.

—Diablos, yo creía que esa palabreja sólo la utilizábamos los hombres.

—Pues hay muchas mujeres que deberían emplearla. En el matrimonio es más esclava la mujer que el hombre.

—No vamos a polemizar sobre este punto, Sandra. Hay cosas mucho más importantes para tratar.

—¿Cómo qué?

—Bueno, cuando te he dicho que quería hablar claro no me refería a un estrechamiento de relaciones entre tú y yo, y no es que me disgustase tal asunto. Tienes abundancia de todo lo que un hombre puede desear.

—Gracias, pero no sigas por ese camino. Estoy cansada de oír siempre las mismas tonterías y no sé si te lo he dicho, pero me gusta la originalidad.

—¿Te parece suficiente original enviar al infierno al prójimo?

La mujer agrandó sus ojos, extrañada, al tiempo que se ladeaba ligeramente mostrando por primera vez sus piernas al hombre. Bueno, las piernas hasta donde llegaba la falda, que no era muy larga precisamente.

Sin embargo, las pupilas varoniles se mantuvieron increíblemente fijas en el rostro femenino, esperando sus reacciones anímicas.

—¿Qué estás insinuando?

—Ya te he dicho que quería hablar claro contigo.

—Lo siento Alan, pero si no concretas creo que no podré sostener contigo este diálogo tan absurdo.

—Cuando he salido de la
O. N. U.
me habían estropeado el coche y al subir a un taxi que me tenían preparado han intentado ahogarme en el fondo del lago para yates del Central Park.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—No, sino he terminado. Tú y Gladys erais las únicas personas que sabíais que tenía una cita con el mayor Wyman en el «Club 4».

—No irás a decir que allí también han tratado de matarte…

—A mi no, pero al mayor Wyman sí y lo han conseguido del modo más repugnante.

—¡No es posible! —exclamó Sandra de un modo que al hombre le pareció sincero—. No pueden haber asesinado al mayor…

—¿Ah, no? ¿Es que tú ignorabas sus propósitos?

—¿Propósitos, de quiénes?

—No te hagas la tonta, que el papelito no te va. Sé que estás metida en este asunto hasta el cuello.

—¿Por qué? —Silabeó ella secamente.

—El taxista que me ha lanzado al agua era chino, este local es chino, la revista para la cual trabajas es china… Y no vas a negarme que por tus venas corre sangre oriental.

En aquel instante, Tan Shu llegó a la mesa colocando ante el federal una copa alta de cristal que dejaba escapar un extraño vapor.

—¿Está caliente? —preguntó Jansen.

—Pruébelo primero el señor antes de opinar —sugirió el propietario del «Buda Rojo» que, siguiendo el refrán de que «el ojo del amo es lo que más engorda al buey», trabajaba como uno más en el club.

Alan tomó la copa y bebió el primer sorbo sorprendiéndose.

—¡Si está helado!

—Una especialidad de la casa señor. —Y sin más. Tan Shu se retiró dejándoles nuevamente solos, si es que era estar solos hallarse rodeados de parejas que más parecían sellos por lo pegadas.

—Bien, Sandra, continuemos nuestra conversación. Mañana, los periódicos llevarán el nombre del mayor Wyman con grandes titulares explicando su brutal asesinato.

—Pobre mayor, lo siento de veras. Era agradable y siempre

decía que le gustaba salir en el diario.

—Pero me figuro que no de la forma en que va a hacerlo ahora.

—¿Y quién podía desear su muerte?

—Vosotros.

—¡Nosotros! —Hizo una breve pausa y antes de que el hombre volviera a hablar prosiguió—: ¿Por qué me cuentas todo esto? Creía que las investigaciones policiacas no se revelaban a nadie.

—Pues te equivocas, nena, a veces se las contamos al propio culpable para ver si se decide a que cerremos el caso con unas cuantas explicaciones que por lo general ahorran mucho dinero al Gobierno y ¿por qué no decirlo?, también muchas vidas, incluyendo la del propio culpable.

—¿Tú crees que yo…?

—Estoy seguro.

—¿Por qué me tomas por una asesina?

—Por una asesina todavía no te tomo, pero estoy convencido de que perteneces a una organización de espionaje y contrabando que no hace cosquillas precisamente a los que se meten con ella. Ahora, sigamos un orden. Hablaremos primero de ti y de tu árbol genealógico.

—¿Vas a hacerme un interrogatorio policial? —inquirió en tono de protesta y ligeramente asustada.

—No, será solamente el interrogatorio de uno de tus muchos enamorados. Siempre me ha gustado conocer a la familia de mis chicas. Así, si me encuentro con sus padres por una calle, puedo torcer a tiempo por otra.

—Muy ingenioso —replicó mordaz e inquieta a un tiempo.

Alan sorbió la mitad de aquel combinado humeante y luego siguió con el descarado interrogatorio.

—Tú tienes sangre oriental, ¿verdad? —insistió.

—Sí, pero no creo que eso sea un crimen en un país donde casi todos somos mestizos por una raza u otra.

—De acuerdo, pero concretemos tu caso, por favor.

—Mi abuela materna fue china y como ella me crió, más que heredar creo que aprendí mucho de ella.

—Tienes unos ojos puramente orientales y muy bonitos por cierto.

—De acuerdo, pero no creo que esos requiebros entren en el

repertorio normal de un agente del
F. B. I.

—Bien. Dime ¿tu abuela vive todavía? —No, hace años que retornó a China. Creo que murió allá.

—¿Cómo te metiste en la organización de los chino-comunistas?

—Pero ¿de qué organización me hablas?

—No mientas. Sé que perteneces a ella y si sigues terca en tu posición tendré que detenerte y te aseguro que el interrogatorio de mis compañeros no será tan cordial como el mío.

—Bien, tú ganas. Soy uno de tantos contactos de la organización que persigues.

—Vaya, al fin confiesas.

—Qué remedio me queda. Ahora ya sé que voy a pasarme el resto de mis días entre rejas.

—No, si me ayudas.

—Gracias, Alan, haré cuanto me pidas. —Le besó fugazmente en los labios y después, ostensiblemente nerviosa, rogó—: Dame otro cigarrillo, te aseguro que tengo miedo. Estoy contenta de que puedas librarme de esta maldita organización, pero tengo mucho miedo.

—¿De ellos?

—Sí.

—No temas, en adelante puedes contar conmigo y con toda la máquina de la policía más efectiva e importante del mundo.

—No creo que sea tan efectiva cuando han matado al mayor Wyman en tus propias narices. Pero me arriesgaré.

—Así me gusta, que seas valiente. Ahora, explícame cuál es tu verdadera posición entre ellos.

—Ya te lo he dicho, sólo soy un contacto, un simple peón del complicado cuadro de ajedrez que manejan.

—¿Están segura de que sólo eres lo que dices? —inquirió desconfiado.

—Te lo juro —mintió Sandra una vez más.

—Bien, te creo. Ahora, ciñámonos a cuanto tú sabes, a ver si me das un hilo con que desenredar esta madeja oriental.

—Yo era el contacto que utilizaban en la embajada. Por mi condición de articulista sobre los temas del desarme nuclear he podido, sin que se sospeche de mí, husmear en la embajada

americana en la
O. N. U.,
aunque Gladys nunca me ha mirado con buenos ojos.

—¿Cómo entraste en contacto con la organización chino-comunista?

—Te he dicho que mi abuela murió en China, mis padres, que son americanos, siguen estando allá encerrados en una prisión de Pekín.

—¿Y cómo es que el Gobierno norteamericano no ha requerido su extracción?

—Porque oficialmente están muertos.

—Pero, tú me estás diciendo que no.

—Las órdenes del comandante Whyo en Chang son severísimas. Si pregono que mis padres viven en un cárcel de Pekín, antes de que la gente pueda hablar de ello, estarán muertos. Lo mismo sucederá si no me avengo a sus manejos. Comprenderás que estoy con las manos atadas.

—Canallas —gruñó Jansen—. ¿Y ese comandante Whyo en Chang es el jefe de la organización en Estados Unidos?

—Sí. Es un sujeto pequeño, casi un enano. Mata fríamente y con la máxima indiferencia. Me da miedo y repugna a un tiempo.

—Debe de ser un enano monstruoso. Me agradaría toparme con él, seguro qué fue quien liquidó a Willy Morris.

—¿A quién dices?

—Es un compañero del
F. B. I.
Lo que me gustaría saber es dónde está el otro, Percy Mac Donald.

—¿Un hombre alto, corpulento y pelirrojo?

—¡El mismo! ¿Vive todavía? —preguntó ansioso.

—Sí, oí que lo comentaba el comandante.

—¿Y dónde lo tiene encerrado?

—Aquí abajo, en los sótanos del «*night club*».

—Debí sospecharlo. ¿Por dónde se baja?

—Por una puerta medio secreta que hay en el fondo. Está disimulada a un lado del mural que representa unas cuantas bellezas chinas, lo malo es que está vigilada por un gorila.

—¿Un gorila? —inquirió él arqueando las cejas.

—Bueno, un chino que parece un gorila por lo bruto.

—Podría pedir a mis compañeros que cercaran el local y lograríamos una redada completa.

—Sería inútil, el comandante sabe hacer las cosas. Tiene vigilantes cerca del club y antes de que tus compañeros llegaran aquí ellos ya habrían desaparecido por debajo tierra.

—¿Tiene una salida subterránea?

—Desde luego, eso es elemental y a un hombre del cerebro y la astucia del comandante no podía escapársele eso.

—¿Sabes que ya me está picando el tipejo ese? Bueno tendré que arreglármelas yo solo, pero antes de marcharme cuéntame algo más de ti.

—Ya te lo he dicho todo. Era el enlace con el mayor Wyman. Muerto él, seguro que me ponen en contacto con otro militar.

—¿Y para qué?

—Lo ignoro. Y yo sólo paso de unas manos a otras paquetes, informes o microfilmes con órdenes. Creo que sigo viva por no saber demasiado.

—Sí, en estos casos es la verdadera agua de la vida. El que sabe demasiado no llega a viejo. En fin, tendré que enterarme por mí mismo.

—¿Es que tú no quieres llegar a viejo? Te advierto que sería una lástima; hombres como tú se encuentran muy pocos hoy en día. Todo son barbudos y tipos que se visten como nosotras.

—Tú lo has dicho, querida. Prefiero vestirme como lo que soy y tú como lo que eres. Por cierto, que estás estupenda. —Le palmeó el muslo que quedaba al descubierto y levantándose se despidió—: Hasta luego, si es que regreso, y por favor, si oyes tiroteo llama a este número —se lo apuntó en una servilleta de papel—. Pregunta por el viejo y dile lo que ocurre. El se encargará del resto.

—De acuerdo. Alan. Que tengas suerte.

Como si se dispusiera a ir al lavabo, Jansen caminó hacia el fondo de aquella pequeña sala sumida en la penumbra que tenía el «Buda Rojo».

La orquestina seguía tocando de un modo monótono los «*blues*» nacidos al otro extremo de Manhattan, en el Harlem negro.

Al fin, descubrió el mural de que le hablara Sandra.

«Diablos con los chinos, también ellos saben lo que es una mujer desnuda», pensó.

En efecto, en el cuadro habían varias muchachas y a cual más sugestiva.

De debajo de la chaqueta del *smoking* extrajo con disimulo la «Browning» y la sujetó por el centro dejando la culata en la parte superior.

Luego, avanzó hacia el rincón del mural y trató da empujar lo que estaba convencido era la puerta. Ésta no cedió.

—Quizá utilicen alguna contraseña para que abran desde el interior. Probaré…

Sin dudar, dio varios golpes consecutivos de forma tan rápida que bien podían confundirse con cualquier contraseña prefijada.

La estratagema surtió efecto. La puerta se franqueó desde el interior dejando al descubierto el rostro de un chino tan alto como el propio Jansen, y eso que el federal medía casi seis pies y medio. Sin embargo, el amarillo le doblaba en peso.

—Hola, viejo —saludó Alan mostrando acto seguido la única tarjeta de visita que tenía a mano.

La culata de la «Browning», lanzada hacia arriba en forma de gancho, se estrelló contra la mandíbula del celador produciendo un extraño chasquido que el federal no hubiera deseado para sus propias mandíbulas.

El gigante oriental puso los ojos en blanco y cayó de espaldas. De su boca escapó tal gruñido que al joven no le interesó comprender.

Rápido, empujó la puerta y se introdujo en el corredor secreto cerrando tras de sí para componer de nuevo el mural de las bellezas chinas.

Pasó por encima de: cuerpo del asiático diciéndose:

—De poco te ha servido ser un gorila. Claro que si en vez de la culata llego a emplear el puño, ahora tendría la mano rota.

Siguió por el angosto pasillo, débilmente iluminado por bombillas de escasa potencia situadas de trecho en trecho.

Se encontró con una escalerilla descendente llena de moho. Aquel subterráneo era muy húmedo. Percy debería estarlo pasando mal.

Al final topó con la puerta de hierro entornada. Cautelosamente, se acerco a ella «Browning» en mano y dispuesto a freír al que se le pusiera delante.

Aquellos chinos no gastaban bromas y él seguiría su juego. Willy Morris había marcado la pauta.

Empujó la puerta con cuidado. Sus goznes, mohosos, chirriaron siniestramente. Ante él apareció una sala de regular tamaño completamente a oscuras y en silencio. Sólo se oía el gotear del agua que quizá caía por una grieta del techo.

Jansen se dijo que aquel lugar debería estar lleno de ratas de todas clases y tamaños.

Se introdujo sigiloso en la estancia cuando, de pronto, se encendió una potentísima luz en su centro. Más de quinientos watios en una sola lámpara de cuatro o cinco bombillas cegándole. Aquello era peor que el «*flash*» de un fotógrafo inoportuno.

Ignoraba si tenía a alguien delante, pero por si acaso apretó el gatillo apuntando rápidamente hacia la lámpara que acababa de dejar sus retinas en blanco.

Al tiempo que el estampido de su propia pistola le ensordecía, una de las bombillas saltaba hecha pedazos. En aquel instante, algo durísimo golpeó salvajemente su muñeca armada.

—¡Puercos! —Gruñó el federal.

No pudo evitar que el revólver cayera al suelo. Cuando trató de recuperarlo, una voz con marcado acento chino, una voz fría e indiferente que no conocía la piedad, le contuvo.

—Señor Jansen, será mejor para usted que no trate de hacer tonterías. Mis hombres le están encañonando.

El federal comprendió que había perdido, al menos momentáneamente. Si deseaba seguir vivo debía acatar las órdenes de sus captores y no le agradaba la idea de convertirse en el émulo de Willy Morris.

Cuando sus pupilas, empequeñecidas al máximo, se acostumbraron a la cegadora luz, descubrió a sus aprehensores que resultaron ser tres chinos todos ellos protegidos por gafas muy oscuras.

De este modo, la trampa era perfecta. Su víctima quedaba cegada mientras ellos podían actuar impunemente protegidos por los cristales ahumados.

A cada lado tenía un chino. Uno de ellos le encañonaba con una abultada «*Parabellum*» y un tubo de plomo en la zurda, mientras que el otro sostenía entre sus manos un minúsculo ametrallador de

fabricación soviética.

Miró hacia delante, encarándose con el tercer oriental vestido de paisano.

El ala de su sombrero estaba casi pegada a las gafas ocultándole la frente. Aquel sujeto, casi un pigmeo de uñas afiladas, era el más pequeño de los tres. Alan no dudó al identificarle.

—Buena caza, comandante Chang.

—Un buen cazador debe saber esperar su pieza y los chinos tenemos la paciencia casi como lema nacional.

—Una paciencia de la que no hacen mucha gala los jefes de su país.

—Mis hombres, que por cierto no comprenden una sola palabra del inglés, dispararán a la primera orden que les dé. Por lo tanto, sea moderado en sus respuestas. Yo no pienso insultar a los gobernantes de su nación.

—Por Dios, comandante, no vaya a soltarme grandes parrafadas. Tendría que tomarme un tubo de aspirinas y no las tengo a mano.

—Es usted, muy mordaz, pero yo le contendré la lengua. Le prometo que sé cómo hacerlo.

—Seguro. Con esos dos esbirros encañonándome le va a resultar muy fácil imponer su sadismo.

Whyo en Chang sonrió entre triunfal y despreciativo. Dio una orden seca en su lengua nativa y los dos subordinados bajaron sus armas retirándose hacia la pared donde se abrían varias puertas.

—¿A sus anchas, agente Jansen?

El federal parpadeó. No comprendía aquellas facilidades.

—¡Bueno, chinito, ahora verás!

Quiso avanzar hacia él pero sus piernas se negaron a obedecerle. Todo su cuerpo fue recorrido por dolorosísimos calambres que le atenazaron los músculos inmovilizándole. Sólo pudo dar un par de pasos torpemente. El comandante ni siquiera se movió.

—¿Le ha gustado el combinado especial de la casa? —inquirió sin abandonar la sonrisa triunfal que lucía en sus labios prietos de ordinario.

—¡Malditos gusanos, me habéis envenenado! —Gruñí mientras la cabeza comenzaba a llenársele de cortinas espesas y sus pies semejaban apoyarse sobre montañas de algodón.

—Le teníamos vigilado, señor Jansen. Además, la sala de arriba

está controlada por un sistema de cámaras de televisión en circuito cerrado amén de unos mil micrófonos perfectamente instalados. Nuestros hermanos de ideas, los rusos, fabrican un material electrónico excelente.

—He caído en sus manos como un estúpido —se maldijo.

—Sí, se ha metido en la ratonera cuando creía que iba a liberar a su compañero el irlandés.

—Malditos, lo estaban escuchando todo… —Fue lo último que dijo antes de caer de rodillas.

Pese a la gran potencia de las luces del techo, Alan K. Jansen ya no veía nada y sólo oía la voz del comandante chino coma un eco lejano.

Luego, lo oscuridad más negra y el silencio más absoluto.

En aquel instante se abrió la puerta y en la estancia penetró la bella y escultural Sandra Yang Ohara.

Capítulo VI

Recobró el conocimiento de pronto. Abrió los ojos por completo y sólo vio oscuridad. Aquel despertar era sintomático, había sido dormido con una droga.

Le pareció que por el interior de sus venas corría lava caliente en lugar de sangre y sin embargo sentía frío.

Quiso moverse pero pronto descubrió lo crítico de su situación.

Sus manos estaban fuertemente atadas entre sí a la espalda y sujetas a una argolla que afloraba del suelo pétreo.

—Esos chinos del diablo se han asegurado bien para que no escapase —gruñó malhumorado.

No tardó en percatarse de que sobre su torso no llevaba ni la camisa, de que sus pies estaban descalzos y que su cuerpo sólo lo cubría el pantalón del *smoking*.

Hubiera deseado saber la hora y el día en que vivía, pero éstos eran datos que no estaban a su alcance. Además de la oscuridad más completa que reinaba en aquel lugar húmedo y frío, le habían quitado el reloj de la muñeca.

El servicio de inteligencia chino-comunista no se había equivocado al encomendar a Whyo en Chang aquella misión en el mismísimo Nueva York.

Forcejeó con las ligaduras, pero sólo consiguió rasgarse la piel de la muñeca. Las cuerdas de nylon resultaban demasiado resistentes y cortantes y no había nada a su alrededor que pudiera liberarle de ellas.

—Veremos qué destino me ha buscado el comandante amarillo, si el fondo del East River o seis pies de tierra —gruñó preocupado.

Como pudo, se sentó en el suelo y se dispuso a esperar.

Jamás supo el tiempo que pasó en aquella dolorosísima

situación y ya pensaba que tendría que quedarse allí eternamente cuando escuchó el ruido inconfundible de una llave al introducirse en la cerradura y voltear en ella.

Buscó en todas direcciones. No sabía exactamente dónde se hallaba la puerta que de un momento a otro iba a abrirse.

Los goznes chirriaron y percibió varios pasos que se aproximaban a él. De este modo pudo orientarse.

Hacía cábalas sobre cuántos habrían ido a verle allí, como si se tratara de un animal del zoo del Central Park, cuando el haz de luz de una poderosa linterna se estrelló contra su rostro cegándole.

—Hola, señor Jansen. ¿Se encuentra bien en la «*suite*» que le hemos asignado?

Alan identificó inmediatamente aquella voz, era el comandante Changue, por lo menos, iba acompañado de dos o tres secuaces.

Lo que le extrañó es que la estancia oliera a perfume en aquellos momentos. ¿Habría una mujer entre ellos? Quizá fuera Sandra…

—¿No responde a mi saludo, señor Jansen? ¿Es que acaso se siente a disgusto aquí? —preguntó con burlona ironía.

—¡Comandante, quite esa endiablada linterna de mis ojos!

—Lo siento, señor Jansen. Arriba complace al cliente, aquí abajo se nos complace a nosotros, lo que resulta muy distinto.

—¿Y qué pretende de mí cegándome con la linterna y teniéndome aquí sujeto como un animal antes de entrar al matadero?

—Puede que tenga toda la razón, señor Jansen, como un animal antes de entrar al matadero… Pero claro, se puede evitar muchas complicaciones si nos cuenta algunas cosas que nos interesan en grado sumo.

—¿Y si no les complazco? —preguntó Alan sintiéndose observado por aquellos seres ocultos en las sombras y a los que no podía ver, ya que para él sólo existía la luz que se proyectaba de lleno en su rostro y la oscuridad que la rodeaba.

—Morirá.

—¿Y si suelto la lengua como quieren? —inquirió de nuevo elucubrando sus posibilidades de salir con vida de aquél lió pero dispuesto a no decir nada que pudiera satisfacer a sus captores.

—También morirá.

—Pues vaya soluciones me da a escoger. ¿Cree que estoy

chiflado?

—Si lo estuviera no le haría ninguna proposición —replicó con la frialdad casi metálica que le caracterizaba.

—Si hablo, me mata, sino hablo, también… Pues moriré con la boca cerrada.

—No sé si me ha explicado bien, señor Jansen. El inglés no es mi lengua nativa.

—Perdonado —respondió irónico el federal.

Sólo cubierto con el pantalón del *smoking*, mostrando su perfecta musculatura y anchas espaldas, despeinado ligeramente y con las pupilas empequeñecidas por el latigazo lumínico, Alan Jansen se dispuso a escuchar lo que el despiadado comandante había maquinado para hacerle soltar la lengua.

—Entre las dos muertes que le propongo existe una gran diferencia.

—¿Cuál, si es que el cliente, que en este caso soy yo, puede saberlo?

—Naturalmente. Si habla y nos ayuda, sólo le pondremos la pistola en la sien y apretaremos el gatillo suavemente. Le aseguro que ni siquiera sentirá dolor.

—Pondrá el silenciador a la pistola para que no me moleste el ruido, ¿verdad?

—Me agrada que no pierda su buen humor. Si se niega a colaborar, la cosa resultará algo más dificultosa para usted, claro. De todos modos, al fin hablará. Nos lo contará todo con tal de que le matemos inmediatamente y así dejar de sufrir.

—¿No le sería más práctico inyectarme estupodomina?

—La droga de la verdad no siempre da los resultados apetecidos, sobre todo cuando se trata de sujetos bien preparados como usted.

—Gracias por elogio, viniendo de usted merece tenerse en cuenta.

—Sí, reconozco que e[1] F B. I. adiestra perfectamente a sus hombres, tanto física como psíquicamente. Por cierto, hemos tenido que desnudarle porque sabemos de su departamento de inventos especiales para la defensa y el ataque de los agentes federales.

—¿Y han encontrado mucha cosa?

—Sí, algunas de ellas interesantes. Un micro-amplificador con pilas de mercurio para escuchar a través de las paredes escondido

en el tacón de su zapato, una minúscula lima de widia para cortar esposas, una pluma estilográfica que dispara gas soporífero En fin, la lista es larga, por eso hemos tenido que registrarlo minuciosamente.

—No se le pasa nada por alto, ¿eh?

—Hago lo que humildemente puedo y que está a mi alcance. Lo que sí me molesta es que me menosprecien y no creo que usted pueda albergar ese sentimiento respecto a mí, ¿verdad?

—Por Dios, comandante, ¿cómo no voy a despreciar a un pigmeo cuando mi estatura le dobla?

La respuesta del chino fue un punterazo que alcanzó al americano en plena boca.

Éste no pudo evitar que su espalda golpeara el suelo al tiempo de que sus labios y encías enrojecían por la sangre.

—Tiene usted unas réplicas muy contundentes, comandante. Lástima que no pueda dárselas yo en el mismo tono.

—La lástima para usted, señor Jansen, es que ya no podrá contestarme jamás como desearía.

—Máteme, se ahorrará saliva.

—Oh, no, antes de hacerlo tiene que decirme una cosa muy importante para mí.

—¿Cuál? —preguntó entre irónico y burlón, sin abandonarse al pánico que los asiáticos hubieran deseado ver en su rostro.

—Quiero el «Buda Rojo».

—¿Que quiere el «buda Rojo»? —rió sardónico—. Pues suba, suba, a ver si arriba le sirven uno de esos malditos combinados. Luego despertará sujeto a una argolla como yo ahora.

—¡Estúpido! ¡Sabe a qué me refiero! —¿Dónde está la estatua de plomo?

—Ignoro de qué me habla —fue la respuesta lacónica de Alan.

Sin que el cegador cono de luz abandonara su faz, de nuevo surgió algo negro y contundente de las sombras.

Su cabeza se ladeó y por los orificios de la nariz manó la sangre a borbotones.

El chino hubiera sido un excelente futbolista, se dijo no perdiendo el humor pese a lo crítico de su situación. Lo malo es que en aquel juego salvaje la pelota era su cabeza.

—¿Dónde está la estatua, señor Jansen? —preguntó el chino con

una amabilidad rayana en el sadismo.

—Le siento, no puedo seguirle el juego; ignoro de qué me habla —mintió para ganar tiempo. Sabía que si hablaba de todos modos moriría.

—Le recuerdo que los chinos hace siglos que aprendimos el arte de hallar las respuestas adecuadas a nuestras preguntas.

—¿Qué me va a hacer, comandante? ¿Cosquillas con una pluma en la planta de los pies?

—Lo que harán mis hombres lo sabrá dentro de cinco horas justas.

—¿Dentro de cinco horas? ¿Y por qué? —inquirió un tanto desconcertado por aquel plazo.

—Es un tiempo muy largo y muy corto también, según como se mire. Lo dejaremos solo para que vaya pensando en su suerte. Reflexione sobre el dolor que producen unas astillas de bambú encendidas entre uña y carne… Bueno, no voy a explicarle la cantidad de cosas que podremos hacerle.

—Ya se lo he dicho antes, comandante. Hágame un lavado de cerebro, le saldrá más a cuenta.

—Ustedes, los federales, son muy astutos. Saben cómo fijarse en la memoria un resultado distinto al real y luego, con la droga de la verdad, confunden a sus enemigos. Yo no voy a caer en una trampa tan moderna, pero burda.

—Apegado a las tradiciones antiguas, ¿eh?

—Por ahora me dan excelentes resultados. Su amigo, el pelirrojo, me ha contado algunas cosas interesantes.

—¿Sí? ¿Y por qué no le pregunta a él dónde está el «Buda Rojo»?

—Porque en estos momentos ya no lo sabe. Cuando capturamos a él cometimos un fallo, el querer ir de prisa. Registramos su apartamento y no descubrimos nada. Luego, le pusimos una bomba de relojería y nos marchamos. Cuando le hicimos hablar nos dijo que había escondido el buda rojo dentro de la bañera con agua sucia.

—A lo mejor es que quería lavarlo.

—Malo su chiste, señor Jansen. Como le decía, nosotros regresamos a su apartamento. Como era natural ya había volado en mil pedazos, y no pudimos encontrar ni rastro de la estatua de plomo. Sin embargo, haciéndonos pasar por inspectores de una

compañía de seguros, preguntamos a los vecinos y nos explicaron algunas cosas interesantes.

—¿Entre ellas?

—Pues que dos sujetes uno gordo y adiposo y otro que correspondía exactamente a sus señas personales, apenas unos segundos antes de la explosión habían abandonado el apartamento llevándose algo en brazos, algo rojo. ¿Comprende usted bien? Algo rojo.

—Qué rabia haberse descuidado mirar dentro de la bañera, ¿eh, comandante?

—Sí, fue un error, fatal. Su compañero fue astuto, pero de nada va a servirles. Ya le he dicho que usted pronto va a contarme dónde se halla el buda rojo y el medio de recuperarlo.

—Parece muy vital para usted.

—Sí, lo es. Esa estatua vale más que nuestras vidas juntas, de modo que no piense que vaya a ser blando con usted.

—¿No puede decirme qué tiene ese buda de plomo para ser tan importante para ustedes?

—No. Si se lo digo será en el último instante de su vida.

—Entonces, no me lo dirá nunca.

—Su seguridad en la supervivencia es infantil, señor Jansen. Ahora, nos vamos. Recuerde que sólo tiene cinco horas para explicarnos cuanto queremos saber con plenitud de detalles.

—¿Y cómo sabré que ha pasado ese plazo?

—Ésa será su amargura. Desconocerá el paso del tiempo. Cuando haya transcurrido media hora pensará que ya han pasado cinco, será un tormento interesante.

El asiático dio por terminada la entrevista con su prisionero y apartó el cono de luz de su cara centrándolo en la puerta hacia la que caminó rectamente.

Sus acompañantes, que habían permanecido todo el rato silenciosos y sumidos en la oscuridad, le siguieron.

Alan hubiera dado su brazo por asegurarse de si aquel perfume femenino que había llenado el ambiente del cuartucho subterráneo pertenecía a la bella mestiza.

De pronto, un objeto minúsculo cayó sobre sus manos rebotando en ellas para quedar quieto en el suelo.

—¿Qué será esto?, se dijo «inmente».

Nadie del grupo pareció advertir el hecho y la puerta se cerró quedando Alan nuevamente solo y en la más completa oscuridad. De tener un rayo de luz, hubiera visto el reflejo de los ojos de las ratas que merodeaban a su alrededor.

En aquellos instantes toda su preocupación se centró en aquel objeto que semejaban haberle enviado en contra de la voluntad del comandante rojo.

Sin poder separar sus manos de la gruesa argolla a la que estaban sujetas, comenzó a palpar el suelo con las yemas de los dedos. El trabajo resultó arduo y dificultoso. Las ligaduras, que en parte habían cortado la circulación de su sangre, le producían calambres en los brazos.

—¡Por fin! —exclamó al coger entre el índice y el corazón de su diestra un objeto que en principio no identificó— ¿Qué será esto?

Hizo su examen por tacto y no tardó en deducir que se trataba de una pequeña navaja de «*souvenir*», probablemente sacada de alguna fábrica de aceros dedicada a cuchillos y afines.

Desnudó la hoja y comprobó que cortaba como una cuchilla de afeitar, pues el frió en sus dedos le indicó que se había herido.

—Veremos ahora qué corto, si las venas o las cuerdas de nylon…

Quien quiera que fuera el que le había dejado el pequeño «*Souvenir*» le acababa de hacer un gran favor, pues las cuerdas quedaron seccionadas limpiamente y casi sin esfuerzo.

Con un suspiro de alivio tiró de sus manos apartándolas de la argolla férrea.

Se frotó las muñecas para aligerar la circulación sanguínea y luego se puso en pie.

Tenía frío, los dientes le castañeteaban. Allí abajo estaría a diez grados o menos y él permanecía casi desnudo; sólo los pantalones del *smoking* cubría su cuerpo.

Ya recuperadas las fuerzas, tanteó las paredes hasta encontrar la puerta. Ésta se hallaba construida con maderos de grosor superior a las dos pulgadas y por lo tanto materialmente imposible de romper.

Tanteó la cerradura y se maldijo por no tener a mano una ganzúa. Con ella hubiera obrado el milagro de franquear la puerta sin hacer ruido.

—Esta cerradura es demasiado sólida, tendré que volarla. Armaré una gran fiesta, pero es el único remedio que me queda

para salir de aquí antes de que ese chino, que el diablo confunda, empiece a llenarme el cuerpo de alfileres.

El comandante y sus hombres habían sido listos al despojar al federal de sus ropas y con ellas de los recursos que éste portaba camuflados para casos de emergencia.

Sin embargo, no habían dado con todas las armas que el Departamento de Inventos Especiales construía para sus agentes.

Alan cogió el botón que cerraba el bolsillo posterior del pantalón y tiró de él con sumo cuidado, desprendiéndolo de su sitio.

Cuando tuvo en la mano el, aparentemente, inofensivo botón de color negro brillante, deslió un hilo adosado en su parte posterior y que tenía unas veinte pulgadas de longitud.

Después, introdujo en la cerradura aquel botón fabricado con un explosivo diez veces superior a la tetralita, un explosivo que por lo enormemente costoso de su fabricación no se utilizaba en la guerra y que en el fondo ya había quedado desplazado por las armas nucleares.

Con gran precaución cogió el cabo del hilo, algo más grueso que el resto, y lo frotó contra un lado de la pared.

—¡Esto va bien! —exclamó al ver salir unas chispas diminutas.

El hilo, que no era otra cosa que una mecha especial, comenzó a quemarse en su recorrido hacia el interior de la cerradura.

Jansen se aplastó contra el muro y se mordió la palma de la mano para mantener la boca abierta y las mandíbulas separadas.

La explosión, tal como había previsto, resultó ensordecedora. Los tímpanos parecieron saltarle dentro de los oídos. La estancia, carente de muebles, multiplicó el eco de la detonación.

A partir de aquellos instantes tenía que obrar con rapidez, sorprendiendo al enemigo amarillo o éste acabaría con él, ya que estaba desarmado. Había utilizado su último recurso especial y sólo le quedaba en la mano la minúscula navajita.

Tiró de la puerta y ésta, ya saltada la cerradura, cedió fácilmente.

En aquel momento pudo escuchar voces airadas en chino, al menos así, lo creyó ya que no pudo entender ni palabra.

Se introdujo en un pasadizo no menos oscuro que la celda y corrió por él hasta que vio avanzar al fondo una luz oscilante.

—Ya vienen a por mí con linternas. Tendré que prepararme para

felicitarles por su buen trabajo.

El potente cono de luz recorrió el pasadizo haciendo chillar y saltar a las ratas de un lado a otro.

Alan, que se había estirado en el suelo y pegado materialmente a la pared, no fue descubierto y cuando el primero de los asiáticos llegó a su alcance le sujetó por los tobillos y tiró fuertemente de él.

El oriental profirió una maldición al estrellar su rostro estrepitosamente contra el piso de piedra. La linterna rodó, pero logró oprimir el gatillo de una ametralladora soviética que empuñaba.

Los fogonazos brillaron en aquella semioscuridad, ya que la linterna seguía encendida en el suelo.

Antes de que el chino pudiera reaccionar, Alan le descargó el canto de la diestra contra su nuca en un golpe de karate. El amarillo quedó completamente inmóvil, no había podido resistir el contundente y rápido castigo.

Antes de que vinieran en masa a por él, Jansen se apoderó de la linterna y el ametrallador ligero y corrió pasillo adelante.

«Me agradaría toparme ahora con ese maldito comandante» pensó mientras jadeaba por el esfuerzo que estaba realizando. Ya no sentía frío alguno.

Dos nuevas luces aparecieron ante él. No dudó un solo instante. Tiró del gatillo con fuerza, iba un poco duro.

Las luces bailaron ante él para luego caer al suelo. Había dado en el blanco, aunque en aquella ocasión era en el amarillo.

Siguió corriendo y casi estuvo a punto de caer al tropezar con los dos cadáveres que dejara tendidos.

Encontró una escalera y subió por ella quedando en una sala mal iluminada en la que reconoció a su ratonera. En el techo, los potentes focos estaban apagados.

Miró a un lado y a otro y descubrió una larga caja de madera de pino. Se aproximó a ella y levantó la tapa que no estaba claveteada.

—¡Malditos! —exclamó furioso sin poderse contener—. Ésta me la pagaréis…

Dentro de la caja yacía el cadáver de Percy Mac Donald. En el rostro del pelirrojo se reflejaba la mueca trágica del dolor.

Alan no quiso mirar el resto del cuerpo ni sus manos ni pies, pues imaginó que estarían horriblemente torturados.

En aquel instante, alguien penetró en la sala subterránea. Era el gorila chino que Alan noqueara al introducirse en aquel nido de escorpiones amarillos.

Ambos quedaron frente a frente. El oriental, más conocedor del lugar, alargó la mano y oprimió un interruptor.

Rápidamente, los quinientos watios de luz dentro de aquella sala blanqueada hicieron su efecto cegando al federal. Sin embargo éste, sin servirse de sus ojos, oprimió el gatillo del ametrallador disparando una ráfaga en abanico.

Cuando las detonaciones dejaron de perforar sus oídos oyó un ruido sordo; el corpulento chino había llegado al suelo con el cuerpo lleno de agujeros.

Hubiera deseado continuar bajo el «*night club*» para limpiarlo de chinos, pero presumió con lógica que al ametrallador que empuñaba le quedaban escasas municiones, quizá ya ninguna.

Subió escaleras arriba y con precaución abrió la puerta que quedaba oculta por el mural de las bellas chinas.

La música de la orquestina llegó hasta él. O estaba aún en la misma noche que llegara a aquel lugar o al menos habían pasado ya veinticuatro horas desde su captura.

Con gran satisfacción descubrió allí cerca la caja de los contadores eléctricos.

Sin dudarlo, salió al club y agradeció la escasa luz que reinaba en él, lo que le evitó ser descubierto inmediatamente por sus enemigos o por el público en general, que se hubiera sorprendido al verle con el torso desnudo y el ametrallador en la mano.

Raudo, desenroscó los plomos de la luz guardándolos en su bolsillo.

Al quedar la sala completamente a oscuras se produjeron protestas y murmullos de todas clases, muchos de ellos de satisfacción.

Como si se tratara de un tornado, corrió hacia la puerta de salida mientras nadie llegaba a explicarse el porqué se había marchado la corriente.

Sin ser frenado salió a County Street.

Por suerte, su «Chevrolet» seguía en el sitio donde lo dejara. Llegó hasta él y con una segunda llave de contacto que siempre guardaba debajo del asiento lo puso en marcha mientras era

observado con curiosidad por los transeúntes de aquel extremo del Chinatown.

CAPÍTULO VII

Gordon Cooper abrió los ojos desmesuradamente. No sabía si reír o adoptar una actitud compungida. Al fin, optó por lo primero.

—Por Dios Alan, ¿qué te ha ocurrido esta vez?

—No te rías, «Gordo», mi situación no es de chiste —replicó Alan K. Jansen frente a él, con los pies desnudos y llevando encima únicamente el pantalón.

—No puedo evitarlo. Anoche te presentaste hecho una sopa y ahora vienes solamente con los pantalones. ¿Dónde diablos te metes?

—En muchos y desagradables líos. Ahora, aclárame lo de que anoche llegué hecho una sopa.

—¿No lo recuerdas? —inquirió Cooper poniéndose en pie desconcertado.

—Sí que lo recuerdo. Lo que quiero saber es cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces.

—Pues ayer noche llegaste todo mojado. Te cambiaste de ropa y volviste a salir diciendo que no tendrías mucho trabajo. Luego, me telefoneaste pidiéndome que fuera a registrar el domicilio del mayor Wyman, que según tú acababa de ser asesinado. Fui allí y luego me he pasado todo el día esperándote.

—¿Todo el día? ¿Qué hora as?

—Las diez de la noche. ¿Es que no tienes reloj si quiera?

—¿No ves que también me lo han quitado? —replicó malhumorado.

—Pues los que te han desvalijado lo han hecho a conciencia. Un poco más y tienes que regresar metido en un tonel.

—No hagas chistes malos, ya te he dicho que no es momento para ellos.

—¿Algo grave?

—He encontrado a Percy Mac Donald.

—¿Sí? ¿Y dónde está?

—Metido en una caja de madera. Lo han torturad antes de matarlo y lo mismo pensaban hacer conmigo. Sólo que he tenido más suerte y he podido volatilizarme en sus propias narices.

—Pues te doy mi enhorabuena por haber vuelto a nacer. En cuanto a los del irlandés, ¿lo sabe ya el viejo?

—No, aún no. He venido directo hacia aquí, necesitaba ropa y descansar un poco. ¡Qué diablos, tan bien que podría estar ahora en las playas de Miami!

—No pienses más en la rubia, ya estará con tu sucesor. Esa clase de monumentos no pueden vivir sin que alguien los admire. —En aquel instante, Cooper se golpeó la frente con la mano— ¡Ya no me acordaba!

—¿De qué? —preguntó Jansen, mientras se preparaba un *whisky* doble.

Tengo una sorpresa para ti.

—¿Cuál?

—Ahora la verás con tus propios ojos.

Gordon corrió hacia el lavabo haciendo oscilar sus carnes.

—Pero ¿adonde vas? —inquirió Alan tras beber de un solo trago todo el licor que se había preparado.

—Ven, ven.

Jansen chasqueó la lengua, se encogió de hombros y siguió a Gordon que le aguardaba en el cuarto de aseo señalando con un índice el interior de la bañera.

—¡Por Satanás! ¿Qué es esto? —No pudo por menos que exclamar al descubrir lo que su compañero le mostraba.

—Ya lo ves, un buda rojo y también de plomo, te lo garantizo.

—¿Que hace este buda en nuestra bañera? ¡Si parece la pesadilla de un comunista, budas por todas partes!

—Me hiciste registrar el apartamento del mayor Wyman. Lo encontré allí la madrugada pasada, y me lo traje.

—Pero ¿por qué lo has metido en la bañera?

—Como el mayor también lo tenía dentro de la bañera, yo no iba a ser menos. Hay que seguir la moda, al menos eso decía siempre mi madre cuando era pequeño.

—¡Lo que tú estás como un cencerro! —Lo sujetó por los hombros, mirándole fijamente—. Oye, no se tratará de una broma pesada, ¿verdad?

—No, desde luego, y más sabiendo que han liquidado a Percy por ese gordinflón de plomo.

—Sí, porque tú lo eres de carne.

—Eso, según como se mire. Ahora dime, ¿estás seguro de que éste no es el mismo buda que llevaste al laboratorio?

—Claro. El otro lo marcaste tú mismo con la uña.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Ambos se miraron y fue Gordon el primero en correr hacia el aparato mientras Alan depositaba de nuevo el buda rojo en la bañera.

—¿Diga?

—¿Cooper? —preguntó una voz masculina al otro lado del hilo.

—Sí, yo mismo.

—Soy Perry, del laboratorio. Quiero hablarte de tu buda rojo.

Gordon tapó el micro del teléfono para decir a su compañero, que ya se había colocado a su lado:

—Llaman del laboratorio, quieren hablarme del buda rojo.

—Trae, trae, yo recibiré la llamada.

—Como quieras —asintió Gordon encogiéndose de hombros.

—Perry, soy Alan, Alan K. Jansen.

—Ah, hola, Alan, ya me contaron que tú llevabas el caso del buda rojo. ¿Qué se sabe del irlandés?

—Ha muerto. Todavía tengo que darle la noticia al inspector Cameron.

—Mal asunto, al viejo no va a gustarle esto. Ya sabes cómo apreciaba al irlandés.

—Sí, desde luego. Perry, por favor, dime ahora todo lo que sepas del buda rojo, me interesa muchísimo.

—Pues hemos descubierto el misterio que encierra por casualidad.

—Vamos, Perry, aligera; nos tienes intrigados —advirtió Alan mientras Cooper junto a él trataba de escuchar lo que se hablaba.

—Al pasar con un contador «Geiger» junto a vuestro buda rojo ha comenzado a advertirnos de una próxima radioactividad.

—¿Salía de la estatua de plomo? —inquirió Jansen mientras, a su lado, Gordon le miraba perplejo.

—Sí —afirmaron a través del hilo telefónico—. Luego le hemos hecho un análisis eléctrico espectrográfico medio con rayos ultravioleta y ¿sabes que hemos descubierto en el centro justo del buda?

—No.

—Pues uranio 235, poderosamente radiactivo. ¿Pretendéis construir una bomba atómica?

—¿Estás seguro de lo que dices, Perry?

—Segurísimo. El análisis, aunque todavía no es completo, no tiene problema.

—¿Y cómo es que la radioactividad que se desprende del uranio 235 no nos ha matado? —preguntó Alan.

—Porque el buda es de plomo. Si llega a ser de otro material ahora estaríais asados por la radiactividad. El plomo es el envase que se utiliza para guardar materias radioactivas, plomo y además hormigón armado alrededor, naturalmente. De momento, la barriga de vuestro buda ha servido de buen envase, pues es completamente macizo y diría que el diámetro está calculado por un doctor en ciencias fisionucleares. Colocar el uranio en el centro justo de la estatua imagino que habrá sido arduo problema.

—¿Y cuánto uranio calculas que puede haber en el centro de ese buda?

—Un gramo, más o menos. Con unos cuantos más como éste podría construirse perfectamente una bomba de cinco megatones.

—Diablos, con razón estaba interesado el comandante chino —exclamó Alan.

—Oye, Alan, ¿de qué comandante hablas? —inquirió el federal científico.

—No, nada, Perry. —Hizo una pausa—. Gordon va ir para el laboratorio inmediatamente.

—¿Queréis recoger el buda? Os advierto que está en análisis y que además ya nadie podrá llevárselo de aquí. El uranio radioactivo es propiedad total del Gobierno militar y es un delito gravísimo hacerse con él. Lo que no entiendo es de dónde lo habéis sacado.

—Gordon no irá para buscar el buda, sino para traeros otro y que también sea analizado. Me figuro que tiene las mismas características.

—¡Caramba, sois de temer! Cuando acabéis con este embrollo os

tendremos que controlar con el «Geiger» —bromeó Perry.

—Está bien, Perry, seguiremos tus consejos. Ah, y gracias por la información.

Gordon Cooper, que hasta aquel momento permaneciera mudo, se encaró con Jansen protestando:

—Oye, no querrás que me pasee con esa bomba por Nueva York, ¿eh?

—No temas, gordinflón, tal como está el uranio ni es peligroso. Esos chinos saben hacer bien las cosas Ya has oído, lleva un buen envase de plomo.

—Ahora comprendo por qué lo metían en la bañera —gruñó entre dientes.

—¿Por qué? —inquirió Alan sonriente ante el mal humor de su compañero.

—¡Porque no querían ni verlos!

—Quizá, o también para neutralizar la escasa radio actividad que pueda desprenderse a través del plomo.

—¿Y dices que son chino-comunistas los que se llevan el uranio?

—Sí, por lo visto están hambrientas de armas termonucleares. El uranio 235 es algo casi imposible de obtener para ellos y el que tienen se lo proporcionan los rusos. Como ahora no están a partir un piñón con ellos, precisamente, han pensado que podrían sacarlo de los Estados Unidos enviando un buen equipo de expertos y espías militares.

—Pero ¿cómo sacaban el uranio de nuestros laboratorios y fábricas de armas atómicas?

—Mediante chantajes, sobornos y fuertes represalias. Recuerda que a Willy Morris lo mataron a balazos y al irlandés lo torturaron hasta morir.

—¿Querían recuperar el buda que les quitó?

—Seguro. Ese buda significaba mucho para ellos, sólo que tuvieron algunos fallos y nos hicimos nosotros con él.

—¿Y luego han querido hacer lo mismo contigo para que les devolvieras la estatuilla?

—Exacto, sólo que conmigo han tenido más mala suerte.

Y el mayor Wyman, ¿qué tenía que ver en todo esto?

—El era uno de los que proporcionaban el uranio. Tenía entrada libre en todas las fábricas de armas atómicas de la nación, no en

vano era el asesor de nuestra embajada en la
O. N. U.
Al parecer se arrepintió antes de entregar este último buda y lo escondió en su apartamento.

—¿Por ese motivo me mandaste registrarlo?

—Sí, tuve ese presentimiento aunque ignoraba todavía el valor real de estas estatuas del demonio. Lo que me gustaría saber es cuántas tiene en su poder el comandante Whyo en Chang.

—Cáspita, sabes hasta su nombre. ¿A qué esperas para detenerlo?

—A encontrarlo. Sé que si regreso al «*night club*» ya no estará allá. Esperaré a que se apacigüen sus nervios. El vendrá en mi busca, estoy convencido.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras yo llevo este buda al laboratorio?

—Dormir a pierna suelta con la «Browning» bajo la almohada, naturalmente.

—¿Dormir en estas circunstancias?

—Sí, se me pegan los párpados y estoy molido.

—Sí, ya veo. Tienes cortes en las muñecas, en las manos y sangre en la cara. En cuanto el viejo se entere de esto no vas a dejar de oír ese timbre —señaló el teléfono.

—Lo descolgaré. Tú, cuantío hayas dejado el buda en el laboratorio, pasa a ver al viejo y explícale lo sucedido. Yo dormiré aunque sólo sean un par de horas después de un buen baño que me hace mucha falta.

—O. K., pero antes de meterte en la bañera déjame sacar al barrigudo de plomo.

Poco después, Gordon Cooper, con el buda envuelto en un ligero impermeable de fibra sintética, salió del apartamiento dejando a su compañero en la bañera y con el teléfono descolgado para que no le molestaran en absoluto.

Gordon cerró con llave por fuera y tras descender las escaleras salió a la calle.

Su «sedan» gris perla ya estaba arreglado y esperaba a menos de cien yardas en dirección al Hudson River.

Las luces dominaban la populosa ciudad. La gente iba arriba y abajo por las aceras mientras el fárrago de la calzada era horrible

por lo ruidoso y aglutinante.

Cada semáforo que cambiaba de luz producía un auténtico embotellamiento del que el grueso federal no deseaba participar.

Cooper observó a un lado y a otro asegurándose de que no era seguido. Penetró en el «Mercury» y dejó en el asiento contiguo el buda oculto en el impermeable.

Luego, cerró la portezuela y puso la llave de contacto. En aquel instante, un escalofrío recorrió su cuerpo.

Algo duro, cilíndrico y metálico, se apoyó en su nuca.

—Cuidado con lo que haces, gordinflón. Si sigues nuestras indicaciones llegarás a viejo, de lo contrario tendré que hacerte un par de agujeros en la cabeza —le advirtieron con marcado acento extranjero.

Cooper miró a través del retrovisor interior. Tras él habían dos chinos de paisano, ambos con sombrero negro y portando sendas armas automáticas con silenciador.

El que estaba arrellanado en el asiento era un tipo pequeño, casi un enano. En sus labios bailaba una sonrisa de triunfo.

—¿Qué quieren? Se confunden, yo no llevo dinero encima —protestó vanamente.

—No nos importa tu dinero, sólo queremos el buda que nos has robado. Pon el coche en marcha y ve hacia Chinatown. Que no se te vaya a olvidar por el camino que estamos tras de ti con nuestras pistolas. Sería un error de todo punto imperdonable —advirtió el diminuto y frío comandante Whyo en Chang.

Gordon se dijo que no tenía otra alternativa más que obedecer. Puso el «Mercurio» en rodaje y se sumergió en la tumultuosa circulación neoyorquina.

Mientras, Alan K. Jansen, después de un baño reparador, acababa de ponerse en la cama. En aquellos instantes sólo deseaba dos cosas: dormir y soñar con Sandra o Eveline, la que se presentara primero.

CAPÍTULO VIII

Alan K. Jansen despertó de un modo casi instantáneo. Cerca de él había alguien.

No abrió los ojos, tal acto equivalía a ponerse en manos de sus visitantes.

Lenta, muy lentamente comenzó a introducir la mano por debajo de la almohada hasta que sintió el frío contacto de la pistola.

Bruscamente, tiró de ella saltando a un tiempo sobre la cama. Sus párpados se abrieron al mismo tiempo y el cañón de la «Browning» apuntó hacia aquel hombre alto, delgado y de cabello cano que estaba junto a él con el ceño fruncido y los labios prietos.

—Un solo movimiento y le envío al infierno —advirtió contundente.

—Vamos, no seas loco y guarda la pistola. ¿Es que todavía no te has quitado las legañas y no has podido reconocerme?

Alan dio un respingo. Luego, suspiró y se dejó caer sentado sobre la cama dejando la pistola sobre la mesita.

—Hola, inspector Cameron. —Después, observó a los dos agentes que le acompañaban y que hacían escuerzos por aguantar la risa—. Hola, muchachos.

—Agente, Jansen, ¿es que no conoce cuáles son sus deberes? —increpo el huraño Cameron.

—Desde luego, inspector. ¿Qué artículo del código federal quiere que comience a recitar?

—Déjate de estupideces. Sabías perfectamente que tenías que darme el parte de lo ocurrido y he tenido que enterarme por Perry, uno de los muchachos de laboratorio.

Alan se oprimió las sienes con gesto preocupado.

—Un momento, inspector, déjeme poner en orden mis ideas. ¿De

qué le ha informado Perry?

—Pues ¿de qué va a ser? De la muerte de Percy Mac Donald y de que dentro de los budas rojos hay una pequeña cantidad de uranio radioactivo. Por cierto ¿dónde está el otro buda de que has hablado a Perry?

—No irá a decirme que Gordon Cooper no ha ido a verle, ¿verdad? —preguntó incrédulo.

—No, no he visto a Cooper. —Se volvió hacia lo agentes que le acompañaban—. ¿Le habéis visto vosotros?

Los dos federales negaron con la cabeza a un tiempo.

—No puede ser. Lo he mandado al laboratorio con el segundo buda de plomo que él mismo encontró en el apartamento del mayor Wyman.

—Pues ya ves, nadie lo ha visto. Quizá hayas soñado todo lo que estás explicando. Te hemos encontrado durmiendo muy digamos a pierna suelta.

—¿Cómo han entrado aquí si el propio Gordon ha dejado la puerta cerrada?

—No seas ingenuo, Jansen. Para un inspector del
F. B. I.
no hay puerta que se resista. Nos hemos pasado más de diez minutos llamando al timbre y al final nos hemos decidido a entrar.

—Diablos, qué sueño tan atroz tenía. Claro que apenas me han dejado dar una cabezada. ¿Qué hora es?

—Las nueve de la mañana —respondió categóricamente el viejo Cameron como lo llamaban ordinariamente sus compañeros y subordinados.

—¿Las nueve de la mañana? —repitió desconcertado frunciendo el entrecejo—. ¡Casi he dormido doce horas!

—¿Y aún te atreves a decir que no te hemos dejado dar una cabezada?

Como picado por una araña, Alan se puso en pie de un salto y abandonó la cama quedando en pijama frente a su superior.

—¿Estás seguro de que Gordon no ha pasado por el laboratorio ni por su despacho?

—Desde luego. ¿Es que tengo cara de bromear?

—Entonces, es que los chinos han dado con él y con el maldito buda.

Como una exhalación, Alan comenzó a vestirse dejando atónito al inspector ante su súbita reacción.

—Pero ¿qué te sucede? —inquirió casi agresivo mientras el joven iba de un lado a otro buscando nuevas prendas que ponerse.

—Seguro que han raptado a Gordon como hicieron con Percy. Dios quiera que lleguemos a tiempo antes de que el comandante chino ponga en práctica sus malas ideas.

—¿Que han raptado a Gordon y se han llevado el buda con el uranio?

—Sí, pero ya le explicaré por el camino.

—Vamos al «Chinatown», concretamente al 86 de County Street. Allí hay un club llamado «Buda rojo».

El automóvil federal no tardó en llegar a su destino. «Buda Rojo» estaba cerrado a aquella hora de la mañana.

Los transeúntes observaron extrañados a los dos agentes que acompañaban al inspector Cameron y a Jansen; ambos iban armados con metralletas.

El propio Cameron tocó el timbre y golpeó la puerta con los puños, mas nadie acudió a la llamada.

—Inspector, tendremos que forzar.

—Eso puede traernos complicaciones —advirtió Cameron al impulsivo federal.

—Tal como están las cosas las complicaciones las tendrá si no recuperamos el buda y con él el uranio.

—Adelante, Jansen, aquí tienes mis propias ganzúas.

El joven no tardó en hacer saltar la cerradura ante la curiosidad de la gente que deambulaba por el lugar, que, medrosa, intentaba acercarse a algún lugar que en caso de tiroteo les protegiera.

—El «*night club*» quedó silencioso, oscuro y siniestro ante ellos.

Cameron ordenó:

—Tú, Farrow, quédate en la puerta; que nadie entre ni salga sin mi permiso.

—A la orden, inspector —asintió el agente metralleta en mano.

—Sígame, yo sé dónde está la caja de los contadores eléctricos —advirtió Alan avanzando con la ayuda de la débil llama de una cerilla.

El joven levantó las palancas dando los contactos de luz y ésta se hizo en todo el local. Los plomos que el federal se llevara

sigilosamente en la huida habían sido repuestos.

—Ya tenemos luz. ¿Y ahora, qué? —preguntó Cameron receloso.

—Aquí, en este mural de ninfas chinas, hay una puerta camuflada que conduce a los sótanos donde se esconden esos diablos amarillos.

—¿Escapaste por ahí?

—Sí.

Alan tiró del mural y lo apartó, pero tras la bella desnuda apareció una hoja de acero con la que no habían contado.

—¿Y esa puerta con qué se abre? No parece tener cerrojo —advirtió Cameron.

—No sé. Esta puerta no la vi anoche, claro que estaba todo a oscuras y yo tenía mucha prisa.

—Habrá que derribarla —indicó el inspector.

Alan se encaró con el agente y pidió:

—Dame la metralleta, probaré a ver. —Tomó el arma y colocándose ante la puerta advirtió—: Apártense, el plomo rebotará seguramente.

Vomitó todo el cargador del arma contra la puerta, pero ésta resistió el candente plomo. Una vez más, el comandante Chang le había demostrado que sabía hacer las cosas.

—Ve a buscar un equipo de soldadura autógena —ordenó Cameron al agente.

Aguardaron con impaciencia veinte largos minutos a que llegaran el equipo de autógena y al fin éste acabó con la resistencia de la puerta acorazada.

—Preparen las armas. Si ellos disparan hay que devolverles la pelota —ordenó Cameron—. El caso es de suma gravedad.

—Inspector, me temo que no los encontraremos abajo —objetó Alan pensando en el subterráneo secreto que debería formar un dédalo de túneles por debajo del misterioso Chinatown.

Cuando llegaron a la sala donde el federal fuera capturado, sólo encontraron en ella una larga caja de madera.

—No hay nadie —gruñó Cameron.

—Se equivoca, inspector. En esa caja está el cadáver de Percy Mac Donald.

El anuncio de Jansen contrajo las mandíbulas de sus acompañantes.

Efectivamente, en el improvisado ataúd yacía el cuerpo torturado del pelirrojo irlandés, asesinado en acto de servicio.

—¡Hay que encontrarlos, estén donde estén! —aulló colérico el viejo.

—Vamos abajo, quizá hallemos algo —indicó Alan.

Cameron y sus compañeros le siguieron. Ni un solo chino apareció ante ellos.

Habían presentido la redada y como ratas asustadas habían desaparecido por los recovecos del subterráneo.

—¡Gordon! —gritó a pleno pulmón. Su llamada se multiplicó en los lóbregos túneles.

—Se habrán llevado a Cooper con ellos —objetó Cameron decepcionado por no haber podido atrapar a los orientales.

—No lo creo. En su huida. Gordon de nada iba a servirles —replicó Jansen tornando a llamar al compañero.

Al fin, la voz de Cooper llegó clara hasta ellos.

—¡Alan, estoy aquí!

—¿Ha oído, inspector? ¡Es Gordon! —exclamó el joven que iba a la cabeza del grupo.

Bajaron precipitadamente por unas escaleras hasta encararse con una puerta similar a la que volara con el botón explosivo.

—«Gordo», ¿estás ahí? —inquirió Jansen pegándose a la madera de la puerta para hacerse más audible.

—¡Sí! ¡Sacadme pronto o voy a volar hecho pedazos! —advirtió Cooper angustiado.

Cameron miró a Alan interrogante, alumbrándose con una linterna.

—¿Qué ha querido decir con eso de que volará hecho pedazos?

—No lo sé, inspector, pero le prevengo que esos chinos nos gastan unas bromas muy pesadas. —Hizo una pausa mientras preparaba su «Browning» y pidió—: Por favor, enfoque la cerradura con la linterna.

Cameron obedeció a la indicación y Alan, tan rápido como certero, colocó tres balas en la cerradura haciéndola saltar. Luego, remató su obra lanzando todo el peso de su cuerpo contra la madera que se abrió violentamente.

—¡«Gordo»!

—¡Aquí, Alan, en el suelo!

Fue Cameron quien al entrar después que Alan descubrió con su linterna al obeso agente que se hallaba atado a una argolla como lo estuviera el propio Jansen horas antes.

—«Gordo», ¿dónde se han metido los amarillos? —inquirió Alan.

—No lo sé. Se han largado dejándome aquí con ese paquete —señaló una caja de *champagne* que había a menos de una yarda de donde él se encontraba—. Según me han dicho está cargado de dinamita y el detonador está conectado a un aparato de relojería.

—¿Estás seguro de que es una bomba esa caja? —inquirió Jansen mirándola con prevención.

—Segurísimo. ¿Qué hora es?

Cameron consultó su reloj de pulsera, ayudado por la linterna, y dijo casi con solemnidad:

—Las diez y veintisiete minutos.

—¡Pues sólo faltan tres minutos para que vuele la dinamita y nosotros con ella! —gritó más que dijo angustiado Cooper.

El rostro de Cameron, al oír aquella advertencia, se demudó. Inmediatamente ordenó:

—¡Salgamos corriendo de aquí!

—¡Eh, Alan, que tienes que soltarme las cuerdas! —pidió Cooper.

Con febril actividad, conocedor del escaso tiempo que les restaba para escapar de aquella ratonera, Jansen se inclinó sobre el compañero y sacó la navajita, felicitándose por no haberla olvidado en el apartamento.

—¡Date prisa, Alan, no quiero servir de lluvia de confites para las ratas!

—No temas. Si estalla volaremos juntos.

El afilado acero seccionó rápidamente las cuerdas de nylon libertando a Cooper quien se puso en pie de un salto y echó a correr saliendo de la celda como obús de un cañón.

En aquellos instantes comprendió Jansen cómo su compañero, pese a su obesidad, había logrado salvar las dificilísimas pruebas físicas a que en Quántico se sometía a los futuros agentes.

El alto y fornido Jansen sólo consiguió alcanzar a Cooper en lo alto del «*night club*». Lo encontró sudoroso, jadeante y bailándole las carnes de todo su cuerpo como hojas de robles en medio de un huracán.

—¿Estás seguro de que debía estallar a las diez y media? —preguntó mirando hacia atrás.

—Claro —respondió Cooper categórico, pero casi sin voz.

En aquel momento, una horrísona explosión removió los cimientos del edificio haciéndolos tambalear.

Por la puerta del mural femenino brotó una oleada de calor y fuerza que los proyectó contra unas mesas próximas derribándolas.

Del techo del local cayó una nube de polvo y varias lámparas se desprendieron estrepitosamente.

El recuerdo con que el comandante Chang obsequiara gentilmente a Gordon Cooper no había obtenido el resultado apetecido. Sin embargo, su madriguera subterránea acababa de ser totalmente aniquilada.

Cuando los dos federales lograron salir al exterior, cubiertos de polvo hasta las raíces del cabello, vieron a Cameron y a los demás agentes que les estaban aguardando.

Alan pensó:

—Tampoco corre mal el viejo…

—Creí que ya no iban a salir —les dijo el inspector.

—Si Alan no me corta las ligaduras, ya habría salpicado aquel lóbrego cuartucho con mi sangre —se lamentó Cooper sudoroso.

—Lo que yo siento es que esos amarillos hayan desaparecido con sus terroríficos budas de plomo —masculló Alan.

—Sí, hemos llegado tarde y esos condenados orientales se llevarán su uranio a su país para fabricar más ingenios nucleares que a la larga nos van a caer encima. —Cameron se encaró con Gordon y preguntó—: ¿Cómo se dejó arrebatar el buda rojo sabiendo lo que contenía?

—Lo siento, inspector, pero me pusieron un juguetito en la nuca que no me dejó escoger.

—Pues como este caso no pueda cerrarse satisfactoriamente, lo cual me estoy temiendo, usted, Cooper, escúcheme bien…

—Le escucho, inspector —indicó Gordon abriendo con dificultad sus ojos llenos de polvo.

—¡Lo mandaré a Quántico para que revisen nuevamente sus aptitudes físicas!

Al oír aquellas palabras, Gordon se puso amarillo de rabia y de no hablar Jansen en aquel momento no hubiera podido reprimir un

ex abrupto capaz de hacer enrojecer a la mujeruca más popular del Chinatown neoyorquino.

—Inspector, el comandante Chang con su gente y los budas con el uranio se nos han escapado por el momento. Sólo queda una última oportunidad para dar con ellos si es que a estas horas no han abandonado ya la ciudad con destino a Hong Kong para luego pasar a Pekín. —¿Y cuál es esa oportunidad, Jansen?— inquirió el viejo vivamente intrigado.

—Eso es cuenta mía, inspector. Déjeme acabar el caso a mi manera. Usted mueve toda la máquina federal y que no salga un buque, barquichuela ni avión que no sea registrado. Ellos tratarán de abandonar la ciudad cuanto antes. Han perdido un buda rojo, pero estoy seguro de que llevarán muchos más, los suficientes para fabricar su cuarta bomba atómica.

—De acuerdo, Jansen, confío en usted, pero no olvide que si fracasa no sólo los Estados Unidos de América estarán en peligro, sino todo el resto de la Humanidad. El azote amarillo hoy en día ya no es una historieta utópica de ciencia-ficción, sino un problema tan latente como inquietante.

—No lo olvidaré, inspector —respondió Alan.

Saltó sobre el asiento del rápido «Chevrolet» modelo 66 y hundió el acelerador hasta el tope haciendo roncar el motor.

¡No había tiempo que perder!

CAPÍTULO IX

El «Chevrolet» negro penetró como una exhalación en el recinto de las Naciones Unidas tras mostrar el carnet de federal al vigilante de la puerta.

Aparcó con gran chirriar de ruedas frente al edificio de treinta y nueve pisos destinado a embajadas y secretariado.

Se introdujo en el amplio *hall* y a grandes zancadas, abriéndose paso a codazos entre el gentío que a aquella hora pululaba por su interior se dirigió al ascensor.

Las lucecitas indicadoras de los pisos fueron bajando gradualmente. Alan, apretujado entre empleados y turistas, esperaba impaciente. Al fin la puerta se abrió introduciéndose el primero en la gran caja metálica.

—¿Pisos, por favor? —inquirió la guapa ascensorista.

—Al décimo directo —ordenó tajante Jansen.

Con una sonrisa un tanto irónica y severa, la muchacha repuso:

—No tenga tanta prisa, señor. Hay que acomodarse a los demás.

Alan no tenía deseos de discutir. Sacó rápidamente su carnet del F. B. I.
y lo puso materialmente en las narices de la fémina.

—Es misión de servicio, caso de vida o muerte.

—Ah, entonces es distinto. —Se encaró con el público que ya había entrado en el ascensor y ordenó—: Salgan por favor. Pasen al ascensor contiguo.

Hubo murmullos de protesta en todos los tonos y formas. Alan no escuchaba nada; su mente estaba ya ocupada. ¿Encontraría aún a Sandra?

La ascensorista puso la velocidad máxima y antes de que pudiera darse cuenta ya habían llegado al piso décimo.

—Gracias —se despidió de la muchacha que se lo quedó mirando fascinada.

«La primera vez que encuentro a un hombre que es mi tipo y desaparece como el rayo», pensó lamentándose.

Alan Jansen penetró en las dependencias de la embajada y sus pupilas recorrieron las estancias como el ave de caza escruta el bosque sobre el que vuela.

—¡Señorita! —interpeló a una mecanógrafa que caminaba por allí lentamente ondulando las amplias caderas de las que semejaba estar muy orgullosa.

—¿Le sucede algo? Hace mala cara —respondió ella.

—No se preocupe por mi estado y haga el favor de decirme si ha venido aquí Sandra Yang Ohara. He telefoneado a su revista «Chinaweek» y me han comunicado que había venido a estas oficinas.

—¿Sandra Ohara? —Esbozó una mueca de desagrado al tiempo que observaba al federal. Si hubiera preguntado por ella un tipo como aquél, la cosa hubiera cambiado bastante.

—Sí, Sandra, la articulista que siempre merodea por aquí preguntando por el desarme nuclear.

—Sí, sí, claro, ya sé de quién me habla. —Se puso el dedo en la boca adquiriendo, según el hombre, un aire de tonta irremediable —. Pues la he visto salir hace un momento.

—¿Por dónde?

—Por la otra puerta.

—¿Qué otra puerta? —rugió a punto de agotar su paciencia.

—La embajada tiene dos puertas de entrada en el mismísimo pasillo que da a los ascensores. Usted ha utilizado ésa de ahí enfrente y ella ha salido por la otra.

—¡Por todos los diablos, podías habérmelo dicho antes!

La mecanógrafa no tuvo tiempo de replicar y se quedó con las manos apoyadas en las caderas mirando al federal que desaparecía por la puerta.

—¡Sandra!

La muchacha, parada ante el ascensor que acababa de abrirse, giró su rostro hacia el federal.

Ambas miradas se encontraron, no había odio ni rencor en ellas, sólo unos sentimientos completamente dispares.

La atractiva morena saltó al interior del ascensor, era evidente que deseaba huir.

—¡Sandra, detente! —pidió el hombre corriendo por el largo y encerado pasillo a la máxima velocidad que le permitían sus piernas.

No tuvo suerte. Al llegar junto al ascensor éste ya había corrido sus puertas y sólo pudo golpear vanamente la doble hoja que acababa de quedar herméticamente cerrada.

—¡Abran!

Inútil. Los números indicadores fueron iluminándose en su descenso.

Golpeó las otras dos puertas para ascensores, pero tampoco tuvo suerte. Al fin, se decidió a valerse de sus propias piernas.

Voló materialmente escaleras abajo, rodeando los huecos de los ascensores.

La gente con la que se cruzaba apenas tenía tiempo de verle. Jansen tocaba con las puntas de los pies los peldaños de tres en tres.

Al final, casi dando vueltas sobre sí, apareció en el *hall*. Recobró el equilibrio y buscó ávidamente entre la muchedumbre que le rodeaba.

Sandra no se hallaba entre ellos. De estar, habría destacado a sus ojos como llama en la noche.

Salió del edificio. Su rostro se iluminó por primera vez en mucho rato.

—¡Sandra! —gritó una vez más.

Pero la bella mestiza ya estaba sentada al volante de un «Jaguar» amarillo *sport* y apenas le dedicó una mirada fugaz antes de pisar a fondo el acelerador.

De nuevo llegaba tarde… Sin embargo, no la dejaría escapar y Sandra Yang así lo comprendió, pues salió a toda velocidad del recinto de la
O. N. U.

Alan Jansen hizo brincar al sufrido «Chevrolet» de un modo suicida que hubiese erizado los cabellos del propio Cameron y sorteó a los automovilistas que le separaban de la escurridiza fémina.

Al cruzar la Primera Avenida por la calle 48. Sandra hizo caso omiso de la luz roja que trataba de detenerla llevando tras de sí

multitud de improperios y algún que otro requiebro.

Alan tuvo mejor suerte y cruzó con el amarillo teniendo tiempo de ver a un iracundo conductor que había tenido que subir peligrosamente a la acera por culpa de la fugitiva.

Jansen vio cómo ella doblaba por la Tercera Avenida en dirección sur e hizo otro tanto suspendiendo el «Chevrolet» sobre las dos ruedas derechas al no reducir lo más mínimo la velocidad suicida que llevaba por el centro de Manhattan.

De ser uno de los chinos en lugar de la mujer, ya hubiera disparado su «Browning» para detenerlo.

—¡Por todos los demonios!, ¿cuándo se detendrá esa loca? —masculló entre dientes—. Va a matarse como salga alguien por el lado y no tenga tiempo de maniobrar.

Ya al final de la isla de los rascacielos, Sandra Yang se introdujo en Battery Park sin disminuir un ápice su velocidad.

Alan, con un coche menos rápido que el «Jaguar» deportivo, pero más hábil como chófer, había reducido las distancias y apenas diez yardas le separaban de ella cuando enfilaron por las avenidas flanqueadas de árboles del Battery Park.

—¡Sandra, detente!

La cabellera femenina flotaba al viento ante él, no parecía dispuesta a obedecer y si seguía a aquella velocidad en dirección sur acabaría por caerse en la desembocadura del Hudson River, frente a la estatua de la libertad.

El federal apretó los dientes y en una de las curvas logró ponerse parejo con la mujer, quien le fulminó con la mirada al tiempo que le increpaba.

Jansen golpeó con su «Chevrolet» el amarillo «Jaguar» haciéndolo salir del asfalto y obligándole a rodar sobre el césped en dirección a unos arbustos.

Sandra perdió el control del automóvil y éste comenzó a hacer eses.

Al final, cogió su bolso y abrió la portezuela arrojándose fuera del auto cuando éste de nuevo se lanzaba contra la pista asfáltica aunque esta vez cruzándola por el medio y llevándose por delante la barandilla de hierro para luego caer al agua espectacularmente.

Alan frenó su coche junto a Sandra que seguía en el suelo y apeándose fue hacia ella.

—Ven, federal, ya puedes meterme entro rejas. ¿No es eso lo que estás deseando?

Aquel recibimiento, la mirada fría como arista de hielo y el rostro ligeramente hostil, no detuvieron al hombre que se inclinó de rodillas junto a ella y comenzó a tocarle brazos y piernas.

—¿Es que en tu trabajo podéis tocar a las mujeres cuanto os apetece? —inquirió ella.

—¿No te duele nada?

—No.

—Me alegro, has estado a punto de partirte la cabeza.

—Por tu culpa.

—Tenía que detenerte.

—¿Para qué, para meterme entre rejas o para sentarme en la silla eléctrica? —preguntó con sardónica mordacidad.

—Todo depende de ti. Ante todo —se buscó en el bolsillo, poniendo en la palma femenina el objeto que acababa de sacar— quería devolverte esto.

—¿La navajita?

—Sí, la navajita que tú pusiste en mi mano para darme la libertad y la vida.

—¿Cómo has sabido que fui yo si no pudiste verme?

—Creo que huelo el perfume de una mujer a veinte millas y tú estabas muy cerca de mí.

Sandra sonrió por primera vez. Alargó la mano y acarició el rostro varonil. El recibió aquel gesto de buen grado.

—Si hubieras visto la cara que puso el comandante Chang cuando se enteró de que habías volado la cerradura, escapándote…

—Me la imagino, es un hombre muy expresivo. Todavía tengo la boca aplastada por las patadas que me dio.

Sandra se inclinó hacia él y lo besó suavemente en los labios. Mirándole con dulzura preguntó:

—¿Te duele ahora?

—No. —Alan apretó ligeramente las mandíbulas. Era preciso cambiar de conversación y mientras la gente seguía junto a la barandilla rota, intentando ver el coche que escasos minutos antes había desaparecido bajo las oscuras aguas, dijo—: Debemos hablar seriamente.

—Sé lo que quieres conocer y para no responderte he intentado

huir.

—¿No contestarme? ¿Por qué, si te ofrezco la salvación?

—Le siento, pero tu salvación no me sirve de nada.

—¿Tanto temes al comandante Chang?

—El representa a mi país. No es un hombre solo, sino seiscientos millones de almas tras él.

—Pero tú no eres china y menos china-comunista. Me dijiste que habías nacido en Norteamérica.

—Cuando se es espía o se pertenece a un servicio de inteligencia hay que saber mentir con facilidad.

—Aunque hayas nacido en Pekín tu sangre no es enteramente oriental. Se nota a la legua por tus facciones, por tu piel.

—Tienes razón. Soy mestiza entre la raza blanca y la amarilla. Mi madre era china, mi padre blanco.

—En eso caso no te debes al Gobierno de Mao.

—Hay algo que no acabas de asimilar. Mi padre era blanco pero no norteamericano ni centro europeo, sino ruso. Yo fui educada en la universidad de Moscú.

—¡Eso no puede ser! Para ser una articulista cuya presencia se tolera en las embajadas, hacen falta unos pases especiales que a ti te serían vedados aunque escribas en el «Chinaweek» bajo seudónimo masculino.

—Te equivocas, el servicio de inteligencia sabe hacer las cosas. Los soviéticos nos han preparado el camino. Luego, una serie de contactos que tenemos en los Estados Unidos han hecho el resto. En la revista no me pusieron ninguna objeción, mis papeles estaban en regla.

—¿De modo que no te llamas Sandra Yang Ohara?

—No he tenido que cambiar mucho el nombre. En realidad me llamo Sandra Fayeska por mi padre y Yang por mi madre. Como verás, mis ideas y mi cuna no me permiten traicionar a los míos.

—Entonces, ¿por qué me facilitaste la huida con la navaja?

—Cuando tú bajaste a los sótanos ya sabía que el comandante te detendría y no pude evitarlo.

—¿Por qué? Una simple palabra tuya hubiera bastado.

—Imposible. El comandante tenía en «Buda Rojo» una red bastante eficaz de cámaras de televisión en circuito cerrado. Me hubiera acusado de alta traición.

—Aún no me has contestado porque me ayudaste.

—Digamos que las mujeres, nazcamos donde nazcamos, tenemos nuestro corazón, y los sentimientos son imposibles de someter a idea alguna. Tú eres el único hombre del que me he enamorado en mi vida, pero este amor, esta atracción que siento por ti, no puede progresar. Debemos separarnos.

—¿Separarnos? No, yo conseguiré tu libertad, reestructuraré tu cerebro y cambiaré tus conceptos. No te dejaré marchar.

—Sólo tengo dos caminos a escoger. Vuestras cárceles o marchar con los míos, el comandante Chang me espera en el yate «Hong Kong».

Alan se puso en pie de un salto.

—¿En el yate «Hong Kong» dices? ¡No puedo dejarlo escapar con el uranio que pertenece a mi patria!

Sandra, que aún permanecía en el suelo a la espalda del federal dijo con desesperanza.

—¿Te das cuenta, Alan? Somos tan distintos que jamás podríamos ser felices.

—¡Es que el uranio ha sido robado a mi país! —replicó él volviéndose. En aquel instante se encontró con la desagradable sorpresa de ver que era encañonado por la fémina con una extraña pistola que acababa de sacar de su bolso—. ¿Qué vas a hacer? ¿No irás a…? —Lo siento, Alan, no puedo evitarlo. Te amo, te amo mucho, pero soy joven para dejar que mis propios compatriotas me maten por traidora—. Dicho esto, disparó el arma por dos veces consecutivas.

Las dos cápsulas se clavaron en el cuerpo del hombre, inyectando por su aguijón el barbitúrico encerrado en ella.

—¿Qué me has hecho? —preguntó tambaleándose, pues el líquido inyectando ya corría por sus venas paralizándole los músculos.

Cuando cayó a tierra, inmóvil pero aún con los ojos semiabiertos, Sandra se acercó a él.

Le besó en los labios y se introdujo en el «Chevrolet» alejándose a toda velocidad del Battery Fark.

CAPÍTULO X

Millares de lucecitas comenzaron a bailar ante sus ojos. Luego ya con visión más perfecta, vio a una mujer y a un hombre vestidos de blanco y a un tercero de negro; era el viejo.

—¿Dónde estoy? —preguntó oprimiéndose las sienes con ambas manos.

—Jansen, ¿cómo te encuentras? Estás en el Hospital Central.

—¡Diablos! —Gruñó dolorido, pues todo su cuerpo sufría ligeros calambres. En aquel instante comprendió que el hombre y la mujer ataviados de blanco eran el médico y la enfermera que le atendían.

—Un agente de la metropolitana te encontró tirado entre unos arbustos del Battery Park. Cuando comprobaron que estabas drogado quisieron llevarte a un sanatorio estatal para toxicómanos.

—¡Pues la hubieran hecho buena! —respondió Alan incorporándose en el lecho.

—Suerte que encontraron tu identificación y me llamaron inmediatamente mientras te inyectaban una fuerte dosis de reactivo antidroga. Si no te llegan a hallar pronto, te pasas una semana de «bello durmiente».

—Le dolerá un poco, pero sólo serán unas horas —advirtió el galeno.

—¿Dolerá un poco? Si tengo el cuerpo que parece un hormigero y todo por culpa de ella —gruñó maldiciéndose por haberse dejado burlar por Sandra Yang.

—¿Quién te disparó las cápsulas? —inquirió Cameron severo.

—Un ángel con muchas y muy buenas curvas.

El inspector refunfuñó:

—Está delirando. Hace seis horas que duerme y al fin se despierta diciendo tonterías, posiblemente.

—¿Seis horas, dice? ¿Es que no me han puesto el reactivo en gran cantidad y pronto?

—Sí. De no ser por eso, aun te quedarían muchas horas de sueño. El reactivo ha tenido que ir disolviendo paulatinamente toda la droga que te corría por la sangre y que te atacaba el cerebelo.

—Diablos con las capsulitas de marras… —Miró su superior y preguntó—: Si un extranjero que ha estado actuando como espía nos pide asilo político, ¿lo encarcelarían?

—Ése es un asunto que tendrían que deliberar los jueces y no yo. Sin embargo, creo que tendría bastantes y buenos atenuantes si ponía las cartas boca arriba descubriendo a nuestro propios compatriotas que nos hacen traición.

—¡Eso me basta! —exclamó. Luego, pidió—: ¡Dame a la comandancia de marina y servicios de guardacostas!

—¿Para qué?

—¡Mientras yo me visto pregunte si en el puerto hay un yate llamado «Hong Kong»! ¡Es una embarcación de recreo y allí van los budas!

Pocos minutos después y cuando ya estaba vestido, se le acercó corriendo el canoso federal. Parecía asustado.

—¡El «Hong Kong» ha zarpado hace más de cuatro horas en dirección sur hacia el Canal de Panamá y ahora navega ya en aguas Internacionales! ¡No podemos nada contra ellos, y eso que hace apenas media hora he recibido órdenes directas del propio Pentágono referentes a recuperar los budas o hacerlos desaparecer! ¡De ningún modo pueden llegar a China o se me formará un expediente por ineptitud!

—¿Y no pueden intervenir los guardacostas?

—No. Esos amarillos del diablo navegan bajo el pabellón de la China Nacionalista y se supone que es una nación amiga. Si hundimos el barco sería un problema demasiado difícil el explicar luego el porqué da tal acción.

—Es verdad, pero creo que aún queda una solución. Haga venir hasta la azotea del hospital un helicóptero de gran radio de acción y que lleve una bomba potente de relojería.

—¿Qué piensas hacer?

—Tratar de que esos budas rojos no lleguen jamás a poder de Mao Tse Tung, el único hombre en la tierra al que no importa una

guerra atómica. Según él, siempre quedarán chinos para seguir viviendo.

Cameron comprendió que debía actuar con celeridad y así lo hizo.

Veinte minutos después, un gran helicóptero perteneciente a la Metropolitana neoyorkina, cuerpo que se había prestado rápidamente a colaborar con el
F. B. I.,
se mantenía suspendido en el aire sobre la azotea del Hospital Central de Manhattan ubicado en el East Side.

Alan se enfrentó con la oscilante escalerilla de cuerda y pese al dolor intenso de sus músculos trepó por ella dejando abajo a Cameron y Cooper que le desearon buena suerte:

La ciudad bailó a sus pies. Un error, un simple desfallecimiento de sus manos y se habría convertido en un amasijo de carne y huesos.

Al fin dio un suspiro, acababa de penetrar en la cabina de plástico del helicóptero.

El piloto, sin soltar el mando del aparato, preguntó:

—¿Qué dirección hemos de tomar?

—Sur, pero en aguas internacionales.

—Comprendido, fuera de las doce millas costeras.

—Hay que dar caza a un yate llamado «Hong Kong».

—¿Cuánto tiempo nos lleva de ventaja?

—Unas cinco horas.

—Pues si navega a treinta nudos tardaremos un poco en darle alcance. Ah, ahí han dejado un paquetito para usted.

Alan tomó el paquete indicado, que era un maletín de cuero negro.

Lo abrió y en su interior descubrió un verdadero arsenal de cartuchos de dinamita.

En uno de los lados, una pequeña maquinaria de relojería con un dial de control de tiempo. Tenía el veinte por ciento de lo que le hacía falta para dar al traste con los planes del comandante Chang; el otro ochenta serían los factores suerte y sorpresa.

Pese a la velocidad con que volaba el helicóptero policial se les hizo de noche nada más avistar al yate perseguido.

El piloto se comunicó con ellos por radio para comprobar su

identidad.

—¿Sucede algo, agente? —preguntó el radiotelegrafista chino en perfecto inglés.

—Una pequeña embarcación de pescadores se ha hundido por estas aguas y estamos buscando posibles supervivientes. ¿Han visto ustedes algo que pueda darnos alguna referencia? —mintió el piloto a instancias del federal que, maletín en mano, se hallaba a su lado.

—No, no hemos visto nada. Corto.

—Si avistan alguna señal no dejen de comunicarlo por radio. Corto y cierro —terminó la conversación el policía, haciendo suspirar de alivio a los chinos.

La noche era oscura, sin luna y las aguas del mar aparecían más negras por la gran profundidad que había en aquel sector.

Alan dejó caer la escalerilla de cuerda por la abertura de la puerta y pidió:

—Acérquese a la popa del yate. Intentaré saltar sin que me vean. La oscuridad de la noche va a ayudarme.

—¿Cuándo regreso a por usted?

—Dentro de quince minutos exactos, ni uno más ni uno menos.

—De acuerdo y buena suerte.

El helicóptero, únicamente iluminado con las luces piloto, descendió hasta situarse a treinta pies sobre la cubierta de popa.

Con el asa del maletín entre los dientes, Alan quedó suspendido en el aire balanceándose al ser azotado por el viento.

Ya al extremo de la escalerilla, se dejó caer confiando en la pericia del piloto. Si fallaba iría a parar al mar y no deseaba ser bien recibido por los tiburones.

Cayó sobre cubierta justo al lado de la barandilla y rápidamente se ocultó tras un gran carrete de cuerda.

En aquel Instante, dos chinos aparecieron con un gran foco portátil. Recelosos, enfocaron al helicóptero mientras sus manos ocultaban metralletas dispuestas a intervenir si el comandante Chang lo ordenaba.

Los orientales suspiraron aliviados al ver como el aparato se alejaba. Alan los oyó hablar en su lengua nativa, no comprendiendo nada de lo que decían.

«Seguramente se han tragado lo de los pescadores naufragados», pensó.

Cuando la cubierta quedó de nuevo desierta. Alan salió da su escondrijo con la «Browning» en una mano y su maletín de cuero en la otra.

Se internó por un pasillo espléndidamente iluminado y tuvo que aplastarse contra la puerta de un camarote para no ser sorprendido por uno de los hombres del comandante.

Guiándose por el sonido de la trepidación de los motores, descendió por una escalerilla encontrándose de pronto con una puerta en la que había un rótulo escrito en chino e inglés.

—Bueno, ya estoy en la sala de máquinas. A ver si tengo suerte…

Abrió la portezuela y quedó frente a una nave donde los motores diesel hacían vibrar sus tímpanos.

Los dos orientales que estaban a cargo de los motores del yate advirtieron inmediatamente su presencia y desenfundaron las armas que colgaban de sus cinturas.

—¿No queréis plomo para vuestros budas? ¡Ahí va éste!

La «Browning» ladró por dos veces. Los dos amarillos fueron alcanzados en el pecho y rodaron por el suelo; ya no iban a molestarle más.

Alan sabía que no le quedaba tiempo para perder, faltaban pocos minutos para que el helicóptero regresase y él era su única posibilidad de seguir en el mundo de los vivos, pues en cuanto el comandante Chang le descubriera, trataría de aniquilarlo cuanto antes.

Colocó el maletín junto al depósito de
fuel-oil,
consultó su reloj y graduó la espoleta de relojería. La dinamita estallaría dos minutos después de la llegada del helicóptero. Si éste se retrasaba, iría al fondo del mar con los chinos. Abandonó la sala de máquinas y fue abriendo todas las puertas que encontró en su camino. Sentía impaciencia por hallar a Sandra y al comandante rojo.

Al abrir una de las puertas descubrió un montón de rajas que se le antojaron sospechosas. En aquel instante, un chino que parecía estar custodiándolas le miró con actitud estúpida no dando crédito a sus ojos.

—¡A dormir tocan!

Y saltando sobre él, no le dio tiempo a reaccionar golpeándole la cabeza con la pistola y dejándolo inconsciente.

Cerró la puerta para no ser interrumpido y se enfrentó con una de las misteriosas cajas. Ayudado por la palanqueta que encontró allí mismo, destapó una de las cajas y no le sorprendió lo que descubrió en su interior.

—Los budas de plomo… Pues se han llevado bastantes.

Consultó su reloj y comprobó que le quedaba escaso tiempo si no quería irse al fondo del océano en compañía de los pesados budas.

Abandonó aquel camarote en el instante mismo en que Sandra penetraba en un camarote cercano.

Antes de que tuviera tiempo de cerrar por dentro y de llegar a ser descubierto por ella, empujó la puerta de hierro introduciéndose en la estancia y cerrando rápidamente a su espalda.

—¡Eh!, ¿qué es esto? —Y al volverse—: ¡Alan!

—¿Te extraña verme aquí, muñeca?

—¡Eres un suicida! ¡Si el comandante te descubre no habrá quien te salve esta vez!

—No irás a decirme que al dispararme esas cápsulas empozoñadas trataste de salvarme la vida, ¿eh? —preguntó irónico.

—Aunque no lo creas, así ha sido. El comandante estaba furioso por haber perdido uno de sus budas rojos, ya que pudo recuperar el otro, y de haberte acercado al yate te hubiera matado.

—Pero los budas no habrían salido de Nueva York.

—Te equivocas. El comandante lo tenía todo previsto como siempre. De haber sido descubierto, habría amenazado con poner al aire libre todo el uranio radioactivo y comprenderás que eso, para una ciudad como Nueva York, sería una catástrofe.

—Sandra, no sé cómo juzgarte.

—Yo a ti sí, como un loco temerario. Dime ¿cómo has logrado entrar en el yate?

—Con el helicóptero de la policía. ¿No lo has visto volar?

—Sí, y he debido imaginarlo. Mientras no llegue a sospecharlo el comandante aunque, el viaje será largo tarde o temprano te descubrirán.

—No, el viaje no será largo. —Consultó su reloj— Dentro de seis minutos habrá terminado. La cogió por los brazos desnudos,

sintiendo la piel sedosa y cálida bajo sus dedos. —Sandra, tienes una última oportunidad para vivir en un mundo libre. Tú has vivido en los Estados Unidos y no puedes participar totalmente del fanatismo rojo aunque te hayan inculcado sus ideas.

—Es que yo no puedo liberarme de ellos, Alan —sollozó apoyando su cabeza sobre el amplio tórax del federal.

—Sí puedes hacerlo. Ven conmigo, dentro de breve minutos el helicóptero volverá a pasar sobre el yate.

—¿Y cómo piensas llevarte los budas?

—No me los llevaré. Ellos descansarán para siempre en el fondo del mar. Tú, que supongo también quieres la paz en el mundo, convendrás conmigo que es lo mejor. Así jamás serán terror y muerte para nadie.

—Tienes razón, pero si regreso contigo las autoridades de tu país van a juzgarme muy severamente.

—¿Participaste en la muerte de Percy, Willy o en la del mayor Wyman?

—No —denegó categórica—. Te lo juro. Yo sólo colaboré en la captura del pelirrojo porque me lo ordenó el comandante. Dijo que él nos había descubierto y que había conseguido, ignoro cómo, apoderarse de uno de los budas rojos que le proporcionaba el mayor. Sólo se trataba de recuperar la estatua. Después el comandante lo mató torturándolo. Me repugnó tal acción pero no pude evitarlo.

—Existe un medio de que los jueces americanos sean benévolos contigo y puedan darte la nacionalidad estadounidense, lo que significaría que podríamos unir nuestras vidas.

—¡Oh si Alan, dime cuál es ese medio!

—Que me entregues los nombres de mis compatriotas traidores que han participado en el robo del uranio. Ellos no sólo son un peligro para Estados Unidos, sino para la paz mundial, una paz que beneficiará lo mismo a China que al resto del mundo. Ya he hablado de ello con mi superior el Inspector Cameron, y él también nos ayudará.

—Tienes razón. La lista que me pides está en el camarote de Chang, podemos ir a buscarlo en cuanto quieras.

—Pues démonos prisa, el tiempo se agota.

Abandonaron el camarote y recorrieron el pasillo. La fémina se

detuvo frente a una puerta, pegó la oreja a ella y luego miró al hombre. Éste preguntó:

—¿Está dentro?

—No, creo que no hay nadie —respondió en voz baja.

—Pues adentro, de prisa.

La puerta, por suerte, no estaba cerrada con llave y pudieron introducirse en el camarote del comandante.

Sandra se encaró con un secreter cuya cerradura hizo saltar el propio Alan con un cortaplumas que halló sobre la mesa.

La joven buscó febril entre los papeles hasta hallar dos folios escritos a máquina que entregó al federal.

—Aquí están los nombres y direcciones de cuantos han participado en el robo del uranio radioactivo. Dentro de vuestras bases atómicas hay hombres que no merecen la confianza de nadie.

—Me alegro de que lo comprendas.

—Demasiado tarde para comprender —advirtió una tercera voz.

La pareja se volvió hacia la puerta.

El diminuto chino, silenciosamente, se había introducido en el camarote pistola en mano. En sus labios finos brillaba una sonrisa siniestra.

—Comandante, es una estupidez que nos encañone con su pistola. Dentro de un par de minutos, como máximo, este cascarón se partirá como una nuez e irá al fondo del océano con sus budas de plomo. Ya no hay quien pueda evitarlo.

—¿Y cree que voy a tragarme esa píldora? ¿Cómo iba a escapar de aquí si el barco va a volar a pedazos?

En aquel instante llegó hasta ellos el ruido inconfundible de las hélices del helicóptero policial. Alan señaló con su pulgar hacia arriba.

—Creo que con esto sobran las palabras.

El chino se tornó lívido. Aquella última jugada no la esperaba. Empequeñeció sus ojos y con los labios casi apretados por la cólera que le invadía silabeó:

—Si el barco se hunde, vosotros también iréis al fondo.

Alan Jansen no dudó más y se lanzó en plancha golpeando el estómago del oriental con su cabeza. Sin embargo. Chang tuvo tiempo de apretar el gatillo. Sandra profirió un gemido de dolor.

El comandante supo encajar el golpe y no soltó su arma, sino

que trató de apoyarla sobre el norteamericano para dispararle sin posibilidad humana de errar el tiro.

La diestra de Alan ciñó la muñeca armada de su enemigo y se sorprendió de la fuerza que éste atesoraba en su diminuto cuerpo. Sin embargo, logró retorcerle la mano.

La pistola quedó entre los dos cuernos Chang ansioso por acabar con su adversario que sabía más poderoso físicamente, apretó el gatillo.

Su impaciencia le obligó a cometer un error fatal. El cañón de la automática apuntaba hacia su estómago.

El rostro del oriental sufrió una contracción y sus ojos se abrieron hasta casi desorbitarse. Después, se cerraron para siempre.

Alan soltó al comandante y éste, inerte cayó a sus pies. El federal no tuvo tiempo para mirarlo.

—Sandra, ¿cómo te encuentras?

La mujer, con la faz contraída por el dolor, indicó:

—Tengo una herida en la pierna, pero creo que la bala ha salido.

Alan no lo pensó más. Se inclinó sobre ella y se la cargó al hombro sujetándola con la izquierda y llevando en la diestra su pistola.

Los disparos atrajeron al resto de los chinos que había en el yate cuando apenas faltaba medio minuto para que la dinamita hiciera explosión.

Los dos primeros orientales que se pusieron delante de Alan y su bella carga se desplomaron batidos por los proyectiles de éste.

Ya en cubierta, el helicóptero seguía suspendido en el aire sobre ellos. La escalerilla colgaba a su alcance, pero los chinos-comunistas comenzaron a disparar.

—¡No podremos salir de aquí! —gritó Sandra asustada, pues los silbidos de las balas pasaban rozándoles la piel.

—¡Agárrate bien y confía en mí! —gritó el federal en medio de aquel ruido ensordecedor.

En aquel instante, cuando Jansen atenazaba sus dos manos en la escalerilla de cuerda, ya que acababa de guardarse la pistola, el yate sufrió una fuerte conmoción temblando desde la quilla a lo alto de la antena de radar.

El piloto maniobró rápidamente saliendo del radio de acción de la onda explosiva, en el preciso instante en el que una gran

llamarada surcaba la noche en medio del mar.

El yate se partió materialmente en dos, hundiéndose en menos de dos minutos. En la superficie de las aguas, el «gas-oil» incendiado formó una gran hoguera.

Los budas rojos yacían camino del fondo del océano con su mortífera carga.

El federal, demostrando el poder de sus músculos que a Sandra le parecieron de acero, trepó por la escalerilla suspendida sobre el mar con la bella mestiza cargada y fuertemente agarrada a sus hombros.

—Han tenido suerte de escapar de esa hoguera —les dijo el policía que mascaba un chicle monótonamente.

Mas, el federal ya no le escuchaba. Su misión había concluido y ya comenzaba a resarcirse en los labios de Sandra Yang de todos los malos ratos que los chinos le habían hecho pasar.

«Esta vez sí que el viejo no podrá negarme quince días de permiso en las playas de Miami cuando los jueces fallen su sentencia contra Sandra, que estoy seguro será como máximo una condena leve y con suerte hasta puede resolverse con una fianza que la deje en libertad provisional», pensó sin despegar su boca de muchacha.

Lo que no tuvo tiempo de pensar es que en aquella ocasión su acompañante no tendría el cabello rubio, sino negro, y lo que tampoco llegó a imaginar es que tanto el inspector Cameron como Gordon Cooper iban a coincidir en su regalo de boda: Un BUDA ROJO.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.